

Querido Tim

Carmen Kurtz



Lectulandia

El gato Tim es pelirrojo y tiene los ojos azules. Nació un día de nieve y Pepita lo encontró; a él y sus hermanos. Tras varios dueños, Tim acabó con Timoteo. ¿Quiéres saber cómo?

Lectulandia

Carmen Kurtz

Querido Tim

Gran angular - 34

ePub r1.0

Titivillus 28.08.2019

Carmen Kurtz, 1983
Diseño de cubierta: Eugenio Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A José María Blanco, a través de los niños

1. Tim

Soy un gato y me llamo Timoteo. Como Timoteo no es nombre de gato, me llaman Tim, que es más corto.

No siempre me he llamado Tim. He tenido nombres distintos porque he pertenecido a siete amos y cada uno de ellos me bautizó a su antojo. El actual se llama Timoteo y ha tenido la delicadeza de darme su nombre. Me siento un poco hijo suyo, y él, quizá, se siente un poco padre en lo que a mí se refiere.

Soy un gato muy viejo, pero no se nota. Los gatos, por fortuna, conservamos nuestro buen aspecto hasta el final. Si en lugar de un gato fuese un hombre, ahora estaría cerca de los noventa años. Un hombre de esa edad es un venerable anciano, con su reuma, su calva, su torpeza de piernas, sus dolores de pies, sus tembleques... No pararía de contar los achaques de nuestros hermanos hombres; son infinitos.

Mi amo, aunque me hace de padre, es más joven que yo. Es un viejo alto y más bien grueso que debió de ser pelirrojo, pues aún conserva, entre las abundantes canas, algún resto de este color, que es, precisamente, el mío. Los ojos de mi amo Timoteo son azules, igual que los míos, pero él usa gafas. Sus manos son largas y finas, muy hermosas. Debió de ser, en su juventud, bastante guapo.

Timoteo vive en una casa de planta y piso. De las pocas que ya quedan en la ciudad. Le han ofrecido un buen pellizco de duros por la casa, hundida entre dos rascacielos, pero mi amo dice que no la cambiaría por un palacio, y tiene razón. La parte trasera goza de un gran patio ajardinado y el buen hombre disfruta mucho regando los árboles y las plantas. Tiene buena mano para este quehacer, que viene a ser el complemento de su trabajo. Porque Timoteo no se ha jubilado todavía. No se jubilará nunca, dice él. Es dibujante de *cómics*. También inventa las historietas. Lo hace todo, vaya.

En cuanto se levanta, se asea, se desayuna y se pone a dibujar y a inventar historietas. Dice que este pequeño ejercicio mental le pone en órbita. Yo, al

despertarme, bostezo, me estiro y pego unos brincos. Así conservo mi agilidad física, que también es importante.

Nuestra sirvienta se llama Quiteria. Hace un montón de años que entró al servicio de mi amo y le tiene ley. Se tienen ley. También viene por aquí, diariamente, una joven de veintitantos años que se llama Jesusa. Es la secretaria de Timoteo y se encarga de la correspondencia de mi amo, de llevar los *comics* a las editoriales, de ultimar los contratos, de tenerle las cuentas al día y de ordenar sus papeles. En una palabra: soluciona la parte desagradable de la profesión de Timoteo, a quien estos detalles ponen muy nervioso.

A pesar de sus años, Timoteo tiene la cabeza clara. Tan clara como Jesusa y más clara que la mía, sin duda, pues me doy cuenta de que empiezo a confundir detalles esenciales del pasado; menos mal que mi amo tiene la bondad de hablar conmigo y me refresca la memoria. Dicen que los gatos tienen siete vidas; mi amo, como poco, ha vivido siete mil a través de sus personajes. A fuerza de pensar se le ha conservado ágil la mollera.

Para ser francos: un gato no tiene demasiado en qué pensar. Hemos comprendido la vida a nuestro modo, somos por naturaleza comodones y hasta gandules, diría. Por un lado nos mantenemos jóvenes de aspecto hasta que nos llega la hora; por otro, no se sabe de ningún gato que haya inventado algo. Sólo utilizamos nuestro instinto y nuestra fabulosa agilidad. Volamos cuando se trata de cazar un pájaro y saltamos sobre las ratas antes de que las muy estúpidas se den cuenta de que les hemos echado el ojo..., aunque de eso habría mucho que hablar. Nos enamoramos hasta el fin de nuestros días y conservamos nuestro hermoso pelaje; quizá no tan vistoso como en los años mozos, pero vaya... Nunca se ha visto un gato calvo.

Ahora no recuerdo por dónde íbamos. ¡Ah, sí! Decía que los gatos nos enamoramos hasta el final de nuestros días. Los hombres, no. A ellos se les va apagando el amor al paso de los años; mala suerte.

Pero, en cambio, recuerdan los amores que tuvieron, pueden embellecerlos y hasta inventarlos. Por lo que hablan Jesusa y mi amo, deduzco que Timoteo ha tenido un poco de todo: un gran amor, su mujer, que perdió en accidente a los pocos meses de su boda, y aventurillas sin importancia. A su mujer no ha podido olvidarla; a las otras, sí.

Los gatos somos tremendamente olvidadizos en este apartado, y no sé si es bueno o no. Me gustaría haber tenido un gran amor, como el de Timoteo. Aún llora, a veces, cuando mira el retrato que tiene de «ella» en la mesilla de

noche. Le habla, le dice cosas que parten el alma. Debe de ser un gran alivio poder llorar por algo así. Ninguna de mis gatas me ha hecho llorar; las he olvidado. Las sigo olvidando porque mi vida está llena de gatas: blancas, negras, rubias, pelirrojas, atigradas..., pero ninguna, repito, me ha hecho llorar. Únicamente Ventosa ha conseguido que se me salten las lágrimas; pero no quiero hablar de ese pelma.

Mi amo vive solo porque no puede olvidar a su mujer. Bueno, vive conmigo, con Quiteria y algunas horas con Jesusa. Son muchos los que vienen a visitar a Timoteo. Toda una vida dedicada a pintar «monos», como él llama a sus dibujos, para obtener, ya en el declive, lo que persiguió años enteros sin éxito alguno. Y vienen a verle gentes de aquí y de fuera, ahora que es viejo y ya no le importa el éxito. Él agradece estas visitas, pero le cansan. Se las quita de encima alegando que tiene que ir al oftalmólogo, al masajista o a algún concierto. Todo es verdad, pero la verdad pura es que las visitas, incluso las importantes, le cansan. Siempre le preguntan lo mismo: «¿En cuántos países le publican sus *cómics*?». Y él se vuelve a Jesusa y le pregunta: «¿Cuántos países nos publican, Jesusa?». Jesusa añade cuatro o cinco más de la cuenta, cosa que irrita a mi amo, que es escrupulosamente honesto. «No, Jesusa, no». Y dice la cifra exacta porque, según él, mentir es faltar al respeto que debemos al otro. Cuando Quiteria o Jesusa acompañan al visitante a la puerta, para despedirle, mi amo me hace un signo con su hermoso índice.

—Ven aquí, Tim.

Pego un salto y me aposento en sus muslos. Son confortables. Pasa dulcemente su mano derecha por mis lomos, mientras con la izquierda me acaricia el pecho.

Hablamos. Cuando me habla, entorno los ojos de puro gusto. Me agrada la voz de Timoteo. Le contesto y, si se tercia, echamos una siestecilla.

2. Tim vino a mí

Me pregunto si los gatos tienen memoria; la mía es buena por el momento, a Dios gracias. Me sería imposible olvidar, querido Tim, el instante en que entraste en mi vida. Me encontraba yo aquí, en mi mesa del jardín, bajo las glicinas, dibujando «monos» y buscando el hilo de mi historieta, cuando dejé vagar mis ojos por la copa del castaño que se encuentra al fondo —ya sabes— y te vi por los aires. ¿De dónde venías? Un gato no vuela, me dije, pero ahí estabas, volando de la ventana —supongo— de la casa recién construida, para aterrizar en una de las ramas, que apenas acusó un leve balanceo.

Y una vez seguro en el árbol, nuestros ojos se encontraron. Tu boca se abrió para lanzar un triste maullido.

—¡Vaya, vaya! —exclamé—. Señor gato, ¿quién le ha dado permiso para entrar en mi casa? Y ahora, ¿cómo va a bajar del árbol?

Me levanté y maullaste de nuevo. «Yo no estoy para trepar a los árboles —pensé—. ¿Quizá con la escalera? —Y grité—: Quiteria. Quiteria».

Vino Quiteria y le indiqué tu crítica situación.

—Hay que bajar a ese gato del árbol. Por favor, Quiteria, traiga la escalera.

Quiteria tiene la costumbre de hacerse de rogar.

—Si ha trepado hasta allí, ya bajará solo. Para eso es un gato.

Quiteria tiene gran sentido común, pero le falta imaginación.

—No ha trepado, Quiteria. Ha volado. Yo lo he visto.

—¿Que ha volado? Los gatos no vuelan.

—Eso mismo creía yo hasta hace un momento. Pero éste sí vuela. Y se ha posado donde ha podido.

—Yo le digo que bajará solo. Pegará un brinco y paf.

Quiteria, a fuerza de leer mis *cómics*, emplea a menudo onomatopeyas como paf, bang, chas, buum y etc.

—Paf, claro. Se romperá el espinazo y todo eso habremos ganado. Ande. Déjeme ver si puedo socorrer al gato.

Y refunfuñando fue por la escalera.

La apoyé en el tronco del castaño, la apuntalé bien y subí cuatro peldaños. Cuando iba por el quinto, Quiteria se agarró a uno de mis mocasines —que se quedó en sus manos— y me amonestó:

—¿Quiere lisiarse, viejo loco? Déjeme a mí.

Quiteria me quiere a su manera, que no es muy respetuosa. Hace veinte años que está a mi servicio; corrí el riesgo de perderla porque le salió un pretendiente, pero, a la postre, me confesó que prefería quedarse conmigo, que el pretendiente era muy bruto y ella se había acostumbrado a los buenos modos.

Con un pie calzado, el otro descalzo y temiendo lo peor, bajé de nuevo los pocos peldaños que había subido.

—Usted tampoco va a subir, Quiteria —le dije con firmeza—. Telefonee a Jesusa. Que venga lo antes posible. Ella arreglará el asunto. ¡Ah! Y devuélvame el zapato, ¡diantres!

Mientras tanto, para acortar la espera y que no tuvieras, Tim, la tentación de dar un salto mortal, empecé a interesarme por ti. Tú me contemplabas desde las alturas.

—Tengo la impresión —dije— que te ha ocurrido algo imprevisto y desagradable, como suele ser lo imprevisto. ¿Te has fugado de casa de tus amos? ¿Te trataban mal, acaso?

Me miraste con recelo y me di cuenta de que tenías los ojos azules en lugar de verdes, como corresponde a un gato. Los míos también son azules. Y aún más: eras pelirrojo. También yo lo soy, aunque ahora mis cabellos y barba tiran a entrecanos, de modo que el rojo encendido de mi juventud se ha convertido en rescoldo. Tu pelaje tenía y tiene la bonita tonalidad del cobre. Y se veía cuidado, de modo que no habías sido vagabundo mucho tiempo. Por el momento no me di cuenta de que una de tus orejas era menor que la otra y de que una cicatriz en tu labio superior imprimía cierta ironía a tus rasgos. Tus bigotes eran y siguen siendo espléndidos, y tengo entendido que son muy útiles a los de tu especie. Os sirven de orientación.

Mi voz, un tanto apagada, debió de gustarte. Las comisuras de tu hocico, naturalmente alzadas, se alzaron más todavía.

«El gato se está burlando de mí», pensé. Y apenas lo hube pensado, te encogiste, alzaste el lomo y, sin un titubeo, saltaste a una rama inferior. No pude por menos de admirarte.

«¡Quién fuera gato!», me dije.

Porque empezaba a sentirme torpe de piernas y admiro a todo aquel que va por la vida corriendo y brincando. Por lo mismo me gustan las películas de acción, en las que los actores se echan de un coche en marcha, trepan por la fachada de los edificios y corren como antílopes. Te hice un signo con la mano y me miraste de nuevo entrecerrando los ojos. Parecías dispuesto a quedarte en tu nueva rama para siempre.

—Baja, gatito, baja por lo que más quieras —te supliqué.

Pero tú te limitastes a menear la cola de izquierda a derecha como si estuvieses quitando el polvo de la rama aquella. Decidí no atosigarte y volví a mi mesa de trabajo. «Sería interesante inventar la vida de un gato», pensé. Pero no tuve tiempo de ahondar en mis pensamientos porque oí las voces de Quiteria y de Jesusa. Llegaban al jardín. Jesusa, delante, grácil y ligera; Quiteria, pisándole los talones, pesadota y lenta.

—¿Dónde está el gato? —preguntó Jesusa rozándome la mejilla con sus labios y después de haberme deseado los buenos días.

Señalé con el índice. Jesusa pareció un tanto desalentada.

—La rama está muy alta —dijo.

—Pues la primera aún lo estaba más. Ha bajado.

—Algo es algo. Veamos. Tú, sujeta bien la escalera.

Jesusa empezó a subir los peldaños. Tiene la agilidad de los jóvenes, pero es prudente. Y muy bien que hace. No puede uno arriesgarse a romperse la crisma por un gato fugitivo. Lo bueno del caso es que Tim ascendía por el árbol al mismo ritmo que Jesusa. Volvía a la rama inicial y, agarrándose al tronco, mostraba la intención de alcanzar otra más alta. Jesusa se detuvo en el penúltimo peldaño. Emitió un sonido:

—Pssi psii psii...

Nada.

Jesusa, desalentada, bajó de nuevo. Quiteria había desaparecido en el interior de la casa; la ventana de la cocina da al jardín y pude ver que trasteaba en la nevera. Puso algo en un plato y volvió con nosotros.

—Ayer noche sobró un poco de merluza.

Creo que si lo dejamos a su aire bajará sin más.

Y puso el plato, con la rodaja de merluza, al pie del castaño. Entonces dije a Jesusa:

—No lo miremos. Los gatos tienen sus principios, su dignidad. No bajará hasta que lo juzgue oportuno.

Quiteria se fue. Yo me senté de nuevo a la mesa y Jesusa se sentó a mi lado. Con el rabillo del ojo miraba al gato.

El día anterior habíamos decidido meternos con mis archivos. Es el trabajo más cabrito que se pueda soñar. Y hay que hacerlo; de otro modo todo se amontona, se embrolla. Jesusa sabe diferenciar un papel importante de un papelote, sabe rasgar, numerar carpetas, hacer fichas, contestar las cartas que de un tiempo a esta parte me llueven de aquí y allá. ¡Qué cabeza organizada la suya! En un momento despeja mi mesa de trabajo; no la del jardín, que sólo me sirve para los borradores y que recojo cada noche, por si la lluvia. La mesa de trabajo la tengo en casa, en mi estudio, una habitación llena de estanterías en donde están archivados mis originales y los ya numerosos contratos. Puedo decir que debo a Jesusa el hecho de no haberme vuelto loco. Todo es fruto del buen quehacer de Jesusa, a quien conocí un día, en un autobús. También fue casual el encuentro, el máspreciado hallazgo de mi vida profesional y, casi diría, de mi vida afectiva. Jesusa, en el asiento contiguo al mío, leía uno de mis *cómics*. Leía y se reía. Yo rabiaba por decirle: «Estás leyendo mi última historieta, jovencita. Gracias por encontrarla graciosa». Entonces Jesusa se volvió y dijo como excusándose:

—Le parecerá tonto, a mi edad, leer estas cosas. La verdad: me divierten mucho. Son de Timoteo.

—También a mí me divierten —contesté—. Fíjese si me divierten que las escribo.

—¿Es usted Timoteo?

—Para servirla.

Y dijo que vendría a verme, que quería charlar conmigo, que le gustaría...

Le di mi dirección sin demasiadas esperanzas. La gente dice cosas amables porque sí, para quedar bien. Pero Jesusa vino a casa y desde entonces somos amigos, compañeros de trabajo; de esto hace algunos años. Jesusa, que podría ser mi nieta, es una florecita en mi camino.

Tratábamos de hablar de nuestros asuntos, pero nuestro espíritu se iba por las ramas de aquel árbol en donde te habías refugiado. Te vimos bajar, cautelosamente, hincando tus uñas en las rugosidades del tronco. ¡Qué limpiamente saltabas de una rama a la inmediata inferior! De la última al suelo habría casi tres metros. Volaste de nuevo para aterrizar al lado del plato. ¡Qué pulcritud! ¡Qué modales! Jesusa y yo conteníamos la respiración mientras tú ibas dando cuenta de la rodaja de merluza. Dejaste el plato vacío y entonces, primero con una pata y luego con la otra, te limpiaste el hocico, los bigotes, las orejas y los ojos.

—Y ahora se marchará —dijo Jesusa en un susurro—. Era un gato hambriento, y ahora que se ha desayunado, adiós muy buenas.

Nada de eso, Tim. Cuando terminaste tu aseo viniste hacia nosotros con el rabo en alto. Empezaste a frotarte contra la pernera de mis pantalones, al tiempo que ronroneabas.

Me habías adoptado.

3. Así nació Tim, quizá

Sólo he podido reconstruir una mínima parte de la vida de Tim, y esto gracias al pelmazo de Ventosa, de quien tendré ocasión de hablar cuando le llegue el turno; de otro modo correría el riesgo de embrollarme. En esto, como en tantas cosas, sigo los consejos de Jesusa, quien parte de la base de que nada como empezar por el principio si queremos llegar al final.

—Pero ¿dónde está el principio de Tim? —le pregunté algo irritado por su falta de colaboración.

—En su nacimiento, Timoteo. Ése es el principio de todos, gatos y no gatos.

La oreja izquierda, corcusada a lo bestia, el hocico remendado y algunas señales disimuladas bajo el fino pelaje del vientre, eran otros tantos indicios. Pero, evidentemente no se nace tan estropeado.

Preferí consultarte, Tim. Tuvimos una larga hora de charla y llegué a la conclusión de que habías nacido una noche de nieve, en un descampado. Tu madre-gata, vagabunda y abandonada, no pudo ofrecer a sus crías un buen cobijo. Los echó al mundo en una yacija de hojarasca, los lamió bien lamidos y luego se echó sobre ellos porque el frío era grande. Empezó a nevar. La gata no se movió y la nieve fue amontonándose a su alrededor y encima de ella. Sabía que iba a morir sin remedio, pero, pensó, si no se movía de allí, si fuese capaz de resistir el helor de aquella noche, sus gatitos sobrevivirían.

Tía Pepita la vio, a la mañana siguiente, no más despertarse. Tía Pepita tenía, ya, dos gatos. Uno muy hermoso, pero descastado, y otro vulgar, pero afectuoso. La llamaban tía Pepita porque se hizo vieja cuidando a sus padres y de este modo se le pasó la hora de casarse. Sus hermanos la querían, sus sobrinos la adoraban. Tía Pepita tenía un montón de ellos, no podía quejarse. Venían a verla a menudo. Unos u otros la invitaban, en verano, y ella se sentía

feliz. Cogía sus dos gatos, los metía en un cesto, y unas veces iba al mar y otras a la montaña, de sobrino en sobrino. Así podía olvidarse de los largos meses en que vivía sola.

—¡Pero si es un gato! —exclamó tía Pepita al abrir la ventana de la galería que daba al descampado—. Se morirá de frío. Quizá ya esté muerto. ¡Pobre bicho!

Se vistió rápidamente, se abrigó bien y por fortuna se le ocurrió coger el cesto de los gatos. Sus zapatos se hundían en la nieve esponjosa y le costó llegar donde el animalito.

«Seguro está muerto», iba diciéndose.

La gata, entumecidos los miembros por el frío, no intentó huir. Tía Pepita la tomó en sus brazos y entonces vio los gatitos, cinco en total.

—¡Qué buena madre! —exclamó.

Y no lo pensó ni un segundo. Metió en el cesto a la gata, y luego a los gatitos, que aún tenían los ojos cerrados. Ya en casa, encendió los leños de la chimenea, dejó a los recién salvados al amor de la lumbre y fue por un tazón de sopas de leche. La gata no podía tenerse en pie. Poco a poco fue reanimándose y se echó sobre las sopas. Aquello le salvó la vida y la de sus hijos. Todos eran atigrados como la madre, menos uno que era pelirrojo.

—Éste ha salido al padre —murmuró tía Pepita.

Y lo llamó Rojito.

Parece un buen nacimiento para Tim; muy dramático. En muy pocas horas, Tim nació dos veces. La primera en el descampado; la segunda, cuando tía Pepita se lo llevó a su casa y los puso, a él, a sus hermanos y a la madre-gata, junto al fuego de la chimenea. Cualquiera en su lugar hubiese muerto, pero Tim es un gato.

También yo nací en invierno. Según mi madre, estuve a punto de tener un pasmo no más asomar las narices al mundo, ya que la casa no tenía calefacción, las habitaciones eran enormes y los techos altísimos. Mi madre, en cuanto pudo, me tomó en sus brazos y me reanimó. El calor generoso de su cuerpo se esparció por el mío; diría que lo recuerdo. Porque cuando pienso en mi madre, una suave calidez me invade. No tuve hermanos; fui hijo único. Claro que esto es secundario. Tim tuvo cuatro hermanos y ahora vaga solo por el mundo.

Tía Pepita hizo lo posible para que sus dos gatos no se encelaran con los recién llegados.

—Habéis de comprender —les dijo— que me he visto obligada a obrar de tal forma; de otro modo, la gata-madre y los gatitos habrían muerto. Y vosotros no sois capaces de tolerar semejante desgracia.

De modo que el hermoso, pero descastado, gato, y el otro, el vulgar, pero afectuoso, tuvieron que aguantar a los intrusos.

—Esto es provisional —decía tía Pepita a sus dos gatos permanentes—. En cuanto los gatitos estén criados, procuraremos encontrar unos amos para la gata y su prole. Es cuestión de unas semanas.

El gato hermoso y el gato vulgar aceptaron el trato. Por unas semanas valía la pena mostrarse generosos. Por su parte, tía Pepita, en vista de la buena conducta de sus dos compañeros, les hizo la vida amable. Es decir: no ahorró ni mimos ni buenos alimentos.

El rojito, que ahora es mío y se llama Tim, era el más indisciplinado del grupo; siempre se ha dicho que los pelirrojos tenemos la sangre más caliente que los demás. Bien pronto dejó sentir a los hermanos su autoridad y era el primero en servirse cuando tocaba agarrarse a los pezones de la madre; también era el último en soltarlos. La gata-madre se sentía orgullosa de aquel hijo que tanto le recordaba al golfo de su marido, pero no quiso que se diera cuenta de su debilidad. Al contrario: lo reconvenía.

—Así no irás a ninguna parte, hijo mío —le decía—. Todos somos iguales y tenemos los mismos derechos. Un día, quizá, necesites a tus hermanos, y si ahora los tratas con despotismo, ellos te pagarán con la misma moneda.

La gata decía estas cosas para ver de enderezar al hijo que había salido al padre, pero a Tim, que aún no se llamaba Tim, aquellos avisos le sonaban a música celestial. Él tenía hambre. Si los otros no le plantaban cara, peor para ellos. Bien pronto conquistó a tía Pepita, quien, procurando ser ecuánime, no podía por menos de sentir predilección por el Rojito.

—¡Cuánto me gustaría quedarme contigo! —le susurraba cogiéndole por la piel de la nuca y acercando el gato a su mejilla, un poco arrugadita, pero aún tierna.

Y el Rojito le lamía las orejas y procuraba ser simpático para conquistar a tía Pepita, que le había salvado la vida y era una mujer que comprendía el alma complicadilla del gato.

Los hermanos de tía Pepita, los sobrinos de tía Pepita, al cabo de unas semanas, empezaron a soliviantarse. Dos gatos, bueno; pero ocho eran demasiados gatos. Aunque fueran limpiísimos, en aquella casa empezaba a notarse cierto olor. «Olor a gato», dijeron los sobrinos. Y además daban mucho trabajo. La gata había terminado la crianza y era hora de regalar los animalitos y encontrar un dueño para la madre.

A tía Pepita le dio un vuelco el corazón. Había llegado el momento temido. Tenía que separarse de su gatada. Se acabaron los juegos, los retozos, los lametones de aquellas criaturas de Dios, a las que había salvado la vida. Se sentía un poco madre de todos los gatos.

—Sí, sí, de acuerdo —contestó—. La gata-madre ya no tiene leche y prometí colocar los gatitos en cuanto estuviesen criados. Vosotros mismos podéis encontrarme amos para ellos. Mejor alguien como yo, solitario, que sepa apreciar la compañía de un gato.

Y llegó el día de la separación. Tanto se habían apegado los gatos a tía Pepita, que presintieron lo peor. Treparon a los hombros de su ama, le lamieron orejas y cabellos, maullando tristemente, y enjugaron con sus lengüitas las lágrimas que brotaron de los ojos de su madre adoptiva. Incluso los sobrinos se emocionaron y prometieron colocarlos en casas de toda confianza. Al separarse del pelirrojo, tía Pepita pegó un sollozo enorme.

—¿Y si guardara al Rojito? —sugirió a los sobrinos que aguardaban con un cestillo en la mano.

—No, tía, no. Es demasiado trabajo para ti. Cuanto más tardes, más pena tendrás. Daños también el pelirrojo.

Y tía Pepita los cubrió de besos, y una vez se hubieron marchado los sobrinos —cada uno de ellos con su correspondiente gato—, se sentó en el balancín y formuló un deseo:

—Que sean felices.

El fuego surtió efecto, es decir, fue escuchado, casi, en su totalidad. Tu madre, Tim, y tus cuatro hermanos, encontraron acomodo en casas de gentes hospitalarias. En lo que a ti se refiere, y en cuanto el sobrino que te tocó en suerte se distrajo, abriste con la pata la tapa del cesto, miraste a tu alrededor, viste gentes, casas, coches, escaparates, árboles y todo lo que puede verse en una gran ciudad, y echaste a correr como perseguido por las llamas.

Despistaste al sobrino, te metiste en una portería, te dijiste que desandando lo andado darías nuevamente con la casa de tía Pepita; pero, como eras muy joven, te perdiste. Olfateaste a derecha e izquierda y, estimulado por cierto olorcillo, te encontraste metido en el barullo de un mercado. Allí te descubrió la Pescadera, mujer que blandía un enorme cuchillo con el que cercenaba, de un tajo seguro, las cabezas de los pescados que le compraban. Con el mismo cuchillo les abría la tripa, dejándolos limpios del todo.

La Pescadera te descubrió en cuanto te pusiste a comer una de las cabezas cortadas. En el suelo había como para alimentar un centenar de gatos.

—¡Ay, qué chulo! —exclamó la mujer.

Y se quedó contigo.

4. Y te llamaron Kunfú

Quién no se aventura no pasa la mar, dicen. Y Tim, que aún no tenía más nombre que el de su propio pelaje, se aventuró y llegó a un mercado y de allí pasó a casa de una pescadera, que es algo así como las Américas de los gatos.

—Mirad que bonito —dijo la mujer al presentar al recién conocido a su marido y a sus hijos—. ¿No lo encontráis guapísimo?

La Pescadera era una mujer joven y robusta; el marido era más bien canijo, aunque joven también. Los hijos del matrimonio, tres, dos varones y una hembra, miraron al recién llegado con curiosidad.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó el segundo de los tres, que iba a cumplir ocho años.

La niña, que tenía seis, dijo que podría llamarse Perlita, pero el mayor se burló de ella diciendo que Perlita era una cursilada y que, por otra parte, el gato era macho.

—Podríamos llamarlo Rojillo —propuso la Pescadera, que tenía buen temple, pero ninguna imaginación.

—No, ya sabes que detesto la política —saltó el marido—. El gato es pelirrojo y con eso basta. Yo creo que le iría bien Micifuz.

—¡Vaya! —dijo el mayor de los chicos—. ¡Qué nombre tan sobado! ¿Y si le diésemos un nombre exótico? Kunfú, por ejemplo. Suen a gato.

Y a partir de aquel día, Tim, te llamaste Kunfú; sin darte cuenta empezaste tu nueva vida, la tercera, a las pocas semanas de tu nacimiento. Engordaste una barbaridad, la Pescadera te atiborró de exquisiteces, entre pescados y carne. Daba gloria verte. Se te puso el pelo tan lustroso que casi resplandecía como los peroles de cobre de la cocina. Incluso te apoltronaste un tanto.

—Este gato ha debido de pasar necesidad —decía la Pescadera, a quien tus carnes colmaban de orgullo.

Y tú te sentiste herido en lo más tierno de tu corazón: tía Pepita. No pasaste hambre con ella. Tía Pepita sabía mejor que nadie lo que necesita un gato para estar bien alimentado sin excesos. Un gato, la hermosura de un gato, reside en la esbeltez, la armonía de movimientos, la ingravidez. De seguir aquel régimen corrías el riesgo de convertirte en un gato obeso, incapaz de saltar, de volar por los aires, que es lo propio del gato. Tuviste ganas de contestar a la Pescadera:

«No me toques a tía Pepita porque le debo la vida. Y también se la deben mi madre y mis cuatro hermanos. Tía Pepita te da cien mil vueltas en cuanto se refiere a gatos».

Decidiste comer lo justo y hacer más ejercicio. Debías ser más complaciente con los niños, jugar con ellos. Te harían saltar de acá para allá, correr; criarías músculos en lugar de grasas.

¿Qué tal te fue con la Pescadera y los suyos? Bastante bien. Decidiste comer poco y hacer mucho ejercicio; perfecto. Es el secreto de la larga vida, y si no, que me lo digan a mí, que estoy hecho un talego por culpa del maldito apetito que Dios me ha dado.

Mi oficio de narrador e ilustrador de historietas me tiene clavado a mis mesas de trabajo, la de casa y la del jardín, sin despegar mis sufridas posaderas de la silla. He intentado hacer régimen, pero si tengo hambre me pongo de mal humor y soy incapaz de inventar nada divertido. He querido pegarme grandes trotadas, pero el ruido del tránsito en las calles me barrena los sesos haciendo desaparecer las ideas. Además, si ando tengo más apetito, es matemático. De modo que te comprendo perfectamente, Tim, y te admiro, ya que tú fuiste más sabio que yo. Te mostraste parco en las comidas y decidiste ocuparte de los niños.

¡Menuda! Ocuparse de los niños es algo agotador, puedo asegurarlo. De vez en cuando, he de ir por las escuelas para explicar a los preadolescentes la importancia del *cómic* en nuestro mundo de hoy y en el de ayer. ¡Los niños! Los niños son pura delicia vistos de lejos, ¿pero de cerca...? Cuando me piden un autógrafo, sé que treparán por la gran plataforma de mi espalda hasta llegar a los hombros. Gritarán de entusiasmo, me besarán dejando mis mejillas relucientes de baba. Suerte de ser alto y fornido; de lo contrario no lo contaría, hubiera desaparecido en alguna refriega, me habrían atropellado,

roto, después de zarandearme de lo lindo. Adorables criaturas a las que les encantaría dejarme sin orejas, sin chaqueta ni camisa, sin pantalones por supuesto. Y, sin embargo, cuando pienso en ellos bajo mi ombráculo de glicinas, cuando vienen a casa, entre emocionados y curiosos, confieso que algo muy dentro de mí, se llena de luz. Los niños son luminosos. Los niños son claros y no dicen tonterías. Los niños tienen un innato sentido de la justicia y de la belleza. Por lo mismo escribo para ellos.

Tú siempre salías bien parado con los niños de la Pescadera, pues eres mucho más ágil que yo. Cuando la cosa se ponía fea, te escabullías con uno de esos brincos tan propios de los de tu raza. Los gatos tienen alas aunque no se les vean. Jugabas al escondite con tus nuevos amigos y corrías como un endemoniado si te encontraban. Carreras locas a lo largo de un pasillo circular que hacía de aquella casa el lugar ideal para perseguirse. La Pescadera y su marido terminaban mareados de tanto barullo.

—Sólo nos faltaba el gato —decía el marido—. Tiene a los chicos electrizados.

Lo inesperado, lo catastrófico, ocurrió el día en que la niña tuvo la ocurrencia de disfrazarte. A sabiendas de que eras un gato pacífico, te puso el vestido de una de sus muñecas y, lo que fue peor, también quiso ponerte un sombrerito. Tú, perdido entre volantes y medio cegado por el sombrero, empezaste a dar unos botes tan enormes que, en uno de ellos, llegaste al techo. Y luego, enloquecido, multiplicaste corvetas, cabriolas, saltos mortales, corcovos, de un sillón a otro, de las camas a los armarios, del aparador a la mesa y de allí, de nuevo, al techo. Los chiquillos querían apresarte. Tuvieron miedo de que te volvieras loco, pero no pudieron contigo. Fue la Pescadera quien, brincando a tu alrededor, pudo al fin sujetarte por el volante del vestido, recibiendo en pago un zarpazo en plena mejilla. Aun así no te soltó hasta quitarte las prendas provocadoras del desastre; le propinaste una de zarpazos que la pobre mujer creyó habérselas con un tigre. Al fin desnudo, te refugiaste bajo el aparador. No saliste de allí en el resto del día, a pesar de los escobazos. Creíste llegado tu fin.

La pescadera tomó una resolución desesperada. Lo mejor sería deshacerse del gato, regalárselo a quien no tuviese chiquillos. Pero los tres hermanos se pusieron a llorar a moco. No querían separarse de Kunfú. Querían a Kunfú.

—Entonces —dijo la Pescadera— habrá que castrarlo. Es joven y no sufrirá.

A Tim, entonces Kunfú, se le erizaron los pelos. Durante las pocas semanas que duró su vida al lado de madre-gata, ésta tuvo tiempo de enseñar a sus hijos lo primordial, una de tantas cosas importantes en la vida de un gato. Y era importante ser un gato entero, no mutilado. Madre-gata explicó a sus crías, de pe a pa, en qué consistía la castración y, recordándolo, Kunfú empezó a temblar de miedo. Veía a la Pescadera con el enorme cuchillo con que decapitaba a los pescados, cercenándole a él lo que la naturaleza le había dado.

Le dolía separarse de sus buenos amigos, los niños. Le acobardaba correr la aventura de una nueva casa, de caras nuevas, pero no tenía otra alternativa. Debía dejar a la Pescadera y a los suyos so pena de ser medio gato en lugar de un gato entero.

La cosa resultó relativamente fácil; aprovechó el día de la lectura de los contadores de luz para huir. El de los contadores siempre dejaba la puerta de la casa entreabierta; la lectura no requería más que unos segundos. Tim se encontró de nuevo en la calle y tiró hacia la parte alta de la ciudad. Hubiera dado cualquier cosa por verter unas lágrimas, como harían los niños de la Pescadera cuando se dieran cuenta de que Kunfú había escapado, pero, por regla general, los gatos no lloran. Tim no sabía llorar todavía, eso vendría después, con los años. Tim, por el momento, sólo sabía sonreír, igual que todos los gatos del mundo.

Vagó perdido por las calles de la gran ciudad. Empezó a oscurecer, cayeron unas gotas que pronto se convirtieron en chaparrón, y llegó la noche. Tim se cobijó en el atrio de una iglesia, se ovilló en el portón y cerró los ojos; al menos, allí no le alcanzaba la lluvia. Recordó con nostalgia a su madre y también a sus perdidos hermanos. ¡Qué no hubiera dado por estar con ellos de nuevo! Durmió, al fin, hasta poco antes de la primera misa, a las siete de la mañana. Allí lo encontró Basilio, el párroco, al salir de la rectoría, para la celebración. Aquel hombre, joven todavía, también se sentía a veces muy solo, y al ver al gato le echó una mirada compasiva.

—¿Te has perdido? —le preguntó.

Tim arqueó el lomo y bostezó. Luego, fue a frotarse contra la pernera de Basilio.

—No digas más —dijo el sacerdote—, te has perdido. O te han abandonado; sí, eso es. Te han dejado a la puerta de la iglesia; hay gente sin piedad. Bueno, ven. Faltan unos minutos para la misa. Te llevaré a la rectoría

y diré que te den el desayuno. El tiempo ha refrescado mucho y debes de estar aterido.

Así fue cómo Tim empezó su cuarta vida. Iba a cumplir un año. Aquel hombre, Basilio, además de joven, parecía bondadoso. Lo dejó en manos del Ama, una sesentona que le dio los restos de la cena y luego, cuando estuvo a solas con Tim, refunfuñó:

—¡Vaya ocurrencia! ¡Ahora un gato! Espero que sea más prudente que el anterior; era más ladrón que el Tempranillo.

Tim no tenía la menor idea de quién pudiera ser el Tempranillo, pero dedujo que el Ama se refería a un ladrón muy avisado. Y se ofendió. Él nunca había robado una mala sardina; también madre-gata tocó este punto durante las pocas semanas que duró su crianza. Hubiera querido contestar a la sirvienta del señor cura:

«No sé quién es el Tempranillo ese, pero de ladrón, nada. Si no me das de comer cogeré el portante y me iré con la música a otra parte. Cosa que me dolería, porque, me parece, el párroco y yo podríamos hacer buenas migas».

Basilio te dio el primer nombre que acudió a su mente: Felis. Es, en realidad, tu nombre de familia. Tuviste que acostumbrarte a que te llamaran de tal modo, y aunque preferías, y con mucho, llamarte Kunfú, tampoco te molestó lo de Felis. Al fin y al cabo, Basilio te lo puso con la mejor intención del mundo.

La vida del párroco era de mucho ajeteo. La escasez de sacerdotes hacía que tuviera que ir de acá para allá, por las mañanas, para distintas celebraciones en conventos de religiosas, colegios, catcquesis y apostolado en los barrios más pobres de la ciudad. Los ratos libres los dedicaba a la lectura de los Evangelios, para comentarlos, en la Misa Parroquial, los domingos y fiestas de guardar.

Convertido en Felis, trataste de no molestar a tu nuevo amo, que te proporcionó el consabido capacho para que pudieras dormir tus siestas. Preferías la compañía de Basilio a la del Ama, que era refunfuñona y ruin. Aprendiste a escuchar. El párroco, después de haber dado forma a sus pláticas, las leía en voz alta para darse cuenta del tiempo y del efecto. Poco a poco llegaste a comprender a tu amo y te enteraste de cosas importantes: todos los hombres eran hermanos y debían amarse los unos a los otros.

Éste era el tema favorito de Basilio: el Amor. Otra clase de amor del que te había hablado madre-gata, pero no menos hermoso. Del amor a los animales, Basilio nunca dijo nada; pero lo ponía en práctica y esto era suficiente. Te rodeó de cariño y supo hacerte dichoso. Te decía cosas; el Ama nunca decía nada directamente. Sólo sabía gruñir a solas y, cuando te nombraba, no decía «Felis», sino «el gato», o bien: «el bicho ese». Aquella mujer no quería a nadie, porque incluso cuando se refería al párroco lo hacía en términos poco amables. Igual le decía «clerizonte» que «epistolero», y al Sacristán, «chupacirios» o «rapavelas»; todo lo feo que podía encontrar para darse el gusto de ofender sin riesgo.

Tú no podías verla. Incluso llegaste a temer que envenenara tus alimentos, para no tener que vaciar el cajón de serrín en donde hacías tus necesidades.

—¡Maldito animal! —decía al cambiar el serrín—. Sólo sabe apestar.

Aquella ignorante no sabía de gatos. Yo, que me he enterado de muchas cosas sobre estas criaturas desde que Tim aterrizó en el castaño, me he dado cuenta de que no soportan los malos olores. En cambio, se chiflan por los perfumes, siendo sus preferidos los de la valeriana y de la nébeda, que se parece mucho al de la menta. Tengo estas tres plantas en los arriates de mi jardín, y veo que Tim hunde su hociquito en ellas y aspira con deleite el aroma que exhalan. También le gusta a Tim el sol y la chimenea. En invierno no se separa de ella, y, como la enciendo con pifias y tochos de pino, he llegado a la conclusión de que también le gusta el olor a pino, que es saludable y limpio.

El sacristán ejercía una extraña fascinación sobre Tim, entonces Felis. Era un hombrecito que no dio la talla para el servicio militar y al envejecer aún se encogió más. Como quien dice, también el Sacristán era un recogido de Basilio. Un hombre solitario y con mala suerte hasta que el párroco le echó una mano. Se ocupaba en la limpieza de la iglesia, de los bancos y de los reclinatorios, de quitar el polvo de las imágenes, dar brillo a los latones, cambiar los cirios cuando se consumían y etc. También limpiaba cuidadosamente los confesonarios y la pila del agua bendita. A veces, Felis le hacía compañía.

El primer día que se llevó el gato a la iglesia lo hizo sospechando que podía haber algún ratón; era una construcción muy vieja. Felis nada encontró, pero le gustó el ambiente. El sol, al filtrarse por las vidrieras, adquiría

tonalidades diversas. Felis quedó encantado con aquellas manchas de luz y brincaba de una a otra para atraparlas. Allí, en aquel lugar, el Sacristán le hablaba en voz baja y Felis no se atrevía a maullar.

—Sal de ahí, Felis. Eso es un confesonario y tú no puedes confesarte.

Cierto, Tim, sólo los hombres son capaces de ofender a Dios. Los animales han nacido libres de culpa y no ofenden jamás. Sin embargo, el confesonario te atraía. Afilar tus uñas en la rejilla era un gustazo, y sentarte en el asiento del párroco, no digamos. Allí dormiste algunas siestas mientras el Sacristán barría, daba brillo, cambiaba hachones o manteles. Allí, lejos del eterno maldecir del Ama, te sentías feliz. A gusto.

Tan a gusto que un día te escapaste de la rectoría y te metiste en la iglesia justo cuando se celebraba una boda. La iglesia, llena de flores y luces, ofrecía un espectáculo muy bello. El Sacristán había puesto el mantel de hilo de las grandes ocasiones y abundaban los candelabros. Cuando el párroco dio la espalda al altar para unir a los novios, pegaste un bote para ver mejor la ceremonia y te deslizaste por aquel mantel almidonado, tan nítido que daba gloria verlo. Con una delicadeza y equilibrio envidiables, pululaste entre candelabros, misal, vinajeras, floreros y etc., sin volcar nada, mientras los novios y los invitados hacían lo imposible por retener la risa. Basilio, viendo los esfuerzos de los allí presentes por mantener la seriedad, se volvió. Y no pudo por menos de exclamar asombrado:

—¡Demonio de gato!

Y tú, asustado de tu fechoría, pegaste un gran bote, describiste una parábola perfecta hasta alcanzar la puerta de la sacristía, por donde desapareciste igual que habías llegado. Basilio se tomó un respiro antes de bendecir los anillos porque también se sentía a punto de reventar de risa. Una barbaridad de pañuelos salieron a relucir en aquel momento. Novio y novia, con las cabezas gachas, no conseguían repetir las frases del sacerdote, que hizo un gran esfuerzo para pronunciar las palabras rituales. Salieron dos «sí quiero» estrangulados.

—Una boda inolvidable —dijo más tarde el padre de la novia al comentar el incidente.

5. La guerra

Fueron días felices en tu vida de gato, Tim, muy felices. Salvo las maldades del Ama, de quien llegaste a pasar totalmente, la compañía de Basilio y la del Sacristán te henchían de satisfacción. Eso, y la primavera que se echaba encima, trajo a tu mente los sabios consejos de tu buena madre-gata. Una noche estrellada tuviste ganas de ver el color de la luna desde el tejado de la rectoría. Tenías poco más de un año; quince meses, para ser exactos. Allí, en aquel tejado, encontraste tu primera gata. Tuviste con ella una larga conversación y, cuando empezó a clarear, os separasteis. De tu escapada sólo se enteró el Ama, quien al día siguiente dijo al bueno de Basilio:

—Este gato es un pendejo. Ayer noche subió al tejado y Dios sabe lo que hizo.

Tus ojos se clavaron en los de tu amo. Le dijiste en tu lengua de gato:

«Tú predicas el amor de los hombres a sus hermanos. Yo, ayer noche, amé a una gata».

—Está bien —dijo Basilio acariciando tu cabeza. Y dirigiéndose al ama aclaró—: Hizo, ni más ni menos, lo que hacen los gatos. No veo mal en ello.

Desde aquel día fuiste un gato adulto. También, seguramente, fuiste padre; pero los gatos machos, de eso, ni se enteran. Es más: las gatas esconden sus crías para que el padre-gato no se las coma. Parece extraño, Tim, pero así es. No tenéis la menor disposición para la paternidad.

Fueron años apacibles los que transcurrieron para ti en casa de Basilio. Las comidas de tu amo eran tan frugales como las tuyas, de modo que creciste fuerte, sin grasas, ágil y sabio como un verdadero gato. Aquella bonanza iba a terminar del modo más trágico.

Un día, cuando Basilio se disponía a montar en su moto y regresar a la Parroquia, después de una visita a los barrios más desheredados de la ciudad,

se vio sorprendido por tres gamberros. Era noche cerrada y el lugar muy desierto. Uno de aquellos tipos le puso una navaja en el costado y los otros le pidieron que entregara todo el dinero que llevara encima. Basilio lo había dado. Ni siquiera tenía para un billete de autobús, porque últimamente un joven feligrés le había cedido su vieja moto y esto le permitía trasladarse de un lado a otro con más facilidad.

—Regístradme —pidió—. Nada llevo. Soy tan pobre como los que he ido a socorrer.

Le registraron creyendo que mentía. Nada encontraron. Y, enrabiado, el que le tenía a punta de navaja, se la hundió en el costado.

A Basilio lo encontraron a la madrugada siguiente, cuando los obreros empezaron a dirigirse a las fábricas. Y tú, Tim, te enteraste poco después, cuando el Ama empezó a chillar como una histérica y el Sacristán te cogió en brazos y, temblándole la voz, dijo:

—¡Qué horrible desgracia, Felis! Un hombre tan bueno.

Tus pelos se erizaron. Sabías por instinto qué era la muerte. Saliste de la rectoría disparado, sólo te guiaba un deseo: encontrar al asesino de tu amo. Saltarías al cuello del criminal y le hundirías zarpas y colmillos.

¡Pobre Tim! Confiésalo. El odio nubló tu entendimiento. Instintivamente fuiste a los suburbios con el propósito de descubrir al navajero y desafiarle a muerte. No pudiste encontrarlo. Hombres jóvenes, maduros y viejos. Mujeres jóvenes, maduras y viejas. También niños. Ninguna señal distinguía al culpable.

Aquellos parajes eran sórdidos, nada tenían que ver con la plazuela de tu Parroquia ni con las calles arboladas que habías dejado atrás. Las chimeneas lanzaban al cielo nubarrones de espeso humo y las fachadas se veían ennegrecidas y sucias. Un edificio mayor que los demás te salió al paso y allí te detuviste. El gran portón abierto no presentó dificultad alguna. Avanzaste cautelosamente y viste un compañero. Un gato pardo y recio que te miró con desconfianza y te preguntó:

—¿Qué vienes a hacer aquí? Ya somos cinco.

—Mi amo ha muerto —contestaste sin dar detalles— y me he quedado huérfano. Era como un padre para mí.

El gato pardo te miró detenidamente y luego afirmó:

—Pareces fuerte. Puedes quedarte si quieres, pero te advierto que el trabajo es duro.

Tú no sabías de trabajos. Los gatos han nacido para holgar y te costó comprender qué querían de ti.

—¿Qué trabajo es ése?

—Cazar ratas.

—¡Bah! Es cosa fácil.

—No tan fácil, macho, porque las ratas son enormes y te plantan cara. A mí me han mordido en varias ocasiones.

—Las mataré a todas —dijiste devorado por el odio—. Y luego me las comeré. Tengo hambre.

—No dejan que nos las comamos. Hemos de cazarlas, darles muerte y dejarlas en el patio, para que el Encargado de la fábrica sepa que somos buenos cazadores.

—¿Y cómo va la pitanza?

—El rancho no está mal, aunque también entre nosotros hay categorías. La primera en servirse es una gata de tres colores.

—¿Tres colores? Nunca he visto una gata de tres colores.

—Es blanca, con grandes pintas negras y rojizas. Es la mejor cazadora de la fábrica, y muy fiera. Una rata le arrancó la oreja izquierda de un mordisco, pero, a la postre, ella pudo a la rata. Has de respetar a la gata pinta si no quieres indisponerte con ella.

—Está bien, creo que voy a quedarme. La respetaré.

Conociste a tus compañeros, que te recibieron sin entusiasmo. Conociste al Encargado —de él dependía que te quedaras o no— y supiste que aquella era una Fábrica de Cerveza. Allí abundaban las ratas, por la cebada. El grano las volvía locas. Eran muchos los obreros: horneros, malteadores, caldereros, embotelladores, los encargados de vigilar la fermentación, toneleros, y camioneros que se ocupaban en el reparto de las barricas y de las botellas. En último lugar venían los gatos, cuya obligación era acabar con las ratas.

El Director era un hombre de estatura mediana con un gran barrigón: bebía demasiada cerveza. Desde el primer día te llamaron el Rojo, ya que eras el único de este color. Si llegas a ser blanco te habrían llamado el Blanco, porque tampoco había gatos blancos.

La gata pinta te inspeccionó de hocico a cola, pero fue incapaz de darte la bienvenida. Era una hembra impresionante, grande, robusta, mutilada y feroz. Cuando salía de caza, sus maullidos eran como un grito de guerra a las ratas que pudieran oírla. Antes de matar, se permitía el lujo de jugar con sus víctimas, retrasando el zarpazo o mordisco final. Sin duda, valiente, pero

matona y déspota, te miró por el color y para calibrar tu musculatura. Fuiste a saludarla, que era lo propio, y te pegó un bufido.

—No se trata con nadie —se limitó a decir el gato pardo, que resultó ser el más cordial.

Los ataques tenían lugar, casi siempre, por la noche. Cada gato cubría una zona de la fábrica, aunque los silos fueran lugar de preferencia porque allí se almacenaba el grano. Los cazadores se mantenían a la espera, y cuando veían brillar los dos puntos rojos de los ojillos de la rata, avanzaban con cautela y caían sobre ella como el tigre sobre su presa.

Las ratas eran enormes, no había mentido el gato pardo, y la lucha, a muerte. Ratas apestosas y fieras que se defendían a mordiscos. Eras infatigable, Tim, y no te sentías satisfecho con una rata. Después de dejarla en el patio, para que el Encargado pudiera verla al día siguiente, volvías de nuevo a la caza, todo tú zarpas y colmillos, los ojos abrillantados por una rabia destructora; cada rata era el navajero. Lo resucitabas una y otra vez por el ansia de volver a matarlo. ¿Cuántas docenas de ratas liquidaste en los años que duró tu guerra? No se sabe. Pero conquistaste la fama de ser el mejor cazador de la fábrica, tus compañeros gatos te miraron con respeto y la misma gata pinta empezó a mostrarse sumisa. Te ofrecía el primer puesto en el rancho. Sólo cuando tú te sentías satisfecho, comía ella. Y después, la tropa, los otros gatos, a quienes tenías más o menos atemorizados. La gata pinta empezó a hacerte cucamonas, pero tu corazón se había vuelto de piedra. La gatita del tejado de la rectoría era un lejano recuerdo. Él amor de la gata pinta no te servía. Y cuando más despreciativo te mostrabas, más loca tenías a la gata; siempre ocurre lo mismo. Durante el tiempo que duró la guerra tuviste aventurillas insignificantes. Las amplias techumbres de uralita de la fábrica se llenaban de gatos y gatas por las noches. Gatos y gatas que vivían fuera del mundo de la fábrica y no tenían obligación de matar. Gatitas decentes y cariñosas que por unos instantes te hacían olvidar al navajero. Poco a poco despertaste del mal sueño y ocurrió lo que debía ocurrir: una rata más fuerte que las demás se enfrentó contigo y ganó la partida. A la mañana siguiente el Encargado te encontró tendido en el patio —hasta donde te arrastraste— en medio de un charco de sangre. Quizá recordaste a Basilio antes de perder la conciencia de lo ocurrido.

—¡Jo...! —exclamó el Encargado—. Han matado al Rojo.

Los cinco gatos restantes formaron corro alrededor de tu cuerpo. Habías perdido mucha sangre, pero aún respirabas. El Encargado fue por un trapo y te envolvió en él. De pronto aquel hombre te pareció otro. Ya no era el Encargado, era un hombre con buenos sentimientos. Se acercó el Director. El Encargado le mostró tus heridas.

—Será mejor llevarlo al veterinario —dijo el Director—. Que lo pinchen y no se hable más del asunto.

—Es el mejor gato que hemos tenido —afirmó el Encargado con reproche.

—Pero está destrozado. Necesita cuidados, y la fábrica no es una clínica de gatos.

—¿Puedo quedármelo?

—Por mí no hay inconveniente. Le aconsejo que lo haga vacunar contra la rabia... si resiste. Hay muchas ratas rabiosas, y bien pudiera ser ésa la causa de tal estropicio.

El encargado dejó el trabajo y te llevó inmediatamente al veterinario. Por fortuna había uno en el barrio y se decía que era el mejor de la ciudad. Tú no maullabas siquiera. Una de tus orejas pendía lacia, a medio arrancar. La rata se te había agarrado del hocico, y de él te corrían hilillos de sangre. En el vientre tenías varios mordiscos; la rata aquella por poco te deja sin lo que pretendía quitarte la Pescadera. Cuando te examinó, el veterinario movió de un lado a otro la cabeza.

—Ha perdido mucha sangre este gato —dijo al Encargado—. Y mire, ¿qué hago con esta oreja? ¿La coso? ¿La acabo de cortar?

—No, no. Cósale lo que sea: la oreja, el hocico, las heridas del vientre. Era el mejor gato de la fábrica, muy valiente. Ha debido de tropezar con una rata rabiosa.

—No me atrevo a anestesiario; está demasiado débil. Antes que nada voy a ponerle una inyección para reanimarlo. Habrá que sujetarlo.

—Yo lo agarraré —dijo el Encargado.

Después de un somero lavado con un desinfectante, y sobre la mesa de operaciones, el veterinario empezó a remendarte. ¿Cuántos puntos te dieron? Una barbaridad, y cada punto era un pinchazo. Pero soportaste el dolor sin rechistar porque te sentías vivo. Cuando estuviste cosido del todo, el veterinario te puso otras dos inyecciones: una antirrábica y otra de antibióticos.

—Si aguanta un día o dos —dijo el veterinario—, está salvado. Tómele la temperatura; si sube demasiado, tráigamelo de nuevo. Desinfecte las heridas con agua oxigenada; veo que el animal le conoce y no se vuelve contra usted. Ocúpese de él, es un hermoso gato.

6. El personaje importante

Aquella vez sí, Tim nació de nuevo. La mujer del Encargado no lo recibió demasiado bien.

—Sólo nos faltaba un gato —dijo—. ¡Y qué gato! Parece que vuelva de la guerra. A lo mejor está rabioso. Mira, Juan (el Encargado se llamaba Juan), entendámonos. Lo cuidaré mientras esté malo, porque no tengo corazón para dejarlo morir. Pero en cuanto levante cabeza le buscaremos un dueño. Una de esas mujeres que viven solas y buscan la compañía de un gato. Yo aquí tengo demasiado trabajo contigo y los cuatro hijos. Un gato da trajín. Y además son traidores. Y éste, peor que ninguno; acostumbrado a cazar ratas, debe de ser una fiera.

Qué latosa era la buena mujer; pero, en fin, dejó que Tim se quedara en la casa; del resto se ocupó el Encargado. Tim comprendió que debía colaborar. A pesar del horror que el agua inspira a los gatos, se dejaba curar las heridas con chorretones de agua oxigenada. Los puntos de la oreja, el labio superior y el vientre le tiraban; procuraba moverse lo menos posible. Comer era un martirio, de modo que aceptó la ayuda del Encargado, quien se servía de una cucharilla. Tim abría la boca —no demasiado porque le dolían los puntos— y engullía. El Encargado le daba los alimentos en forma de puré, no demasiado caliente, justo tibio para que no escociera. A los ocho días volvieron al veterinario para quitarle los puntos.

El alivio fue inmediato.

Después de aquellos terribles años de lucha en la fábrica, la casa del Encargado le pareció a Tim un remanso de paz. Pero no se sintió a gusto allí. La familia del Encargado no le prestaba la menor atención. La madre, porque sólo quería deshacerse de él, y los hijos, porque preferían los perros a los gatos. El único que le demostraba afecto era el Encargado. El buen hombre no escatimó cuidados, y poco a poco las heridas de Tim cicatrizaron totalmente. La oreja, gracias al corcusido, quedó algo más pequeña que la otra, pero igual

de tiesa. Los bigotes disimularon el costurón del hocico, y los del vientre desaparecieron en cuanto crecieron los pelos que el veterinario tuvo que afeitar. El Encargado sí hubiera sido un buen amo, y Tim le seguía por la casa como un alma en pena, en busca de una caricia. Quería volver a ser un gato pacífico, pero era difícil pasar de la guerra a la paz en tan poco tiempo. La mujer del Encargado, cuando lo vio curado del todo, de nuevo ágil y fuerte, dijo a su marido:

—El gato ya está bien. Será cuestión de buscarle un nuevo amo.

—¿Y quién va a querer un gato tan crecido? La gente adopta gatitos porque son graciosos y juguetones, pero este gato no sólo es adulto, sino que está muy quemado.

—¿Por qué no lo llevas de nuevo a la fábrica? Si tan buen cazador era...

—No haría nada bueno. Ahora tiene miedo a las ratas. No duraría ni una semana.

—Pues ya verás tú qué solución encuentras.

Tim comprendió que debía arriesgarse de nuevo. La mujer del Encargado era muy capaz de llevarlo al veterinario para que acabara con él, o bien de abandonarlo en plena calle. Tim, en los tejados, había conocido no pocos gatos vagabundos. Y su suerte no era envidiable. Poco a poco se descuidaban, perdían el lustre y los buenos modos. Al no tener la comida asegurada, se volvían ladrones. En una palabra: un gato vagabundo se encanallaba, y él, Tim, era un gato con principios. No en vano había tenido una buena madre y dos amos inmejorables: tía Pepita y Basilio. Incluso la Pescadera había sido un ama bondadosa, de no ser por el maldito disfraz que hizo de él un gato loco. Si la niña no llega a ponerle el vestido y el gorro de la muñeca, él aún estaría en aquella casa.

El Encargado encontró solución al problema.

En el nuevo bloque de viviendas que habían levantado últimamente en la parte residencial de la ciudad, vivía un Personaje Importante. El Encargado había ido con él a la escuela y aún se veían de uvas a peras. El Personaje Importante se había metido en política y, de vez en cuando, invitaba a su excompañero, el Encargado, a esas reuniones o mítines, en donde se habla mucho y se arregla poco. El amigo del Encargado, don Arístides Ventosa, era hombre escrupuloso. Se aprendía de memoria cualquier discurso, por

insignificante que fuera, pues —decía— un discurso leído perdía gracia. El orador no tenía que limitarse a decir, debía acompañar la palabra con el gesto, el ademán. Había que jugar con las modulaciones de la voz, graduar la intensidad; en una palabra: un buen orador había de ser al mismo tiempo un actor. Por lo mismo, debía aprender su papel de memoria.

A don Arístides Ventosa se le habían fugado la mujer y los dos hijos. Se decía que emigraron a Venezuela, en donde la esposa tenía un hermano. Un hombre, Ventosa, bueno como un trozo de pan —eso decía el Encargado—, que no conseguía retener a nadie por la funesta manía de pretender que escucharan sus discursos cuando se ponía a ensayarlos. Tenía Ventosa dos sirvientes, una cocinera y un criado, pero con ellos se mostraba muy prudente. A la postre llegó a la conclusión de que un gato le escucharía sin disgusto, porque los gatos —según él— eran pozos de sabiduría y de paciencia. El Encargado lo sabía. Sabía que, habitualmente, Ventosa tenía gato, pero no en aquel momento. Parecía increíble, pero el último cayó ventana abajo. Don Arístides lo lloró muchísimo porque era un gato atento, a quien el PI (Personaje Importante) llamó Sócrates. El Encargado le habló del Rojo, se lo puso por las nubes.

—Un cazador de primera, Ventosa, el mejor que hemos tenido. Un tigre, un verdadero tigre; pero después de la experiencia que ha sufrido, es mejor que lleve una vida más pacífica.

—¿No será demasiado fiero para mí? Yo no necesito un cazador de ratas. La casa es nueva, vivo en un primer piso y sería difícil, incluso, encontrar un ratoncillo.

—Te digo que es un gato excepcional. Yo me lo quedaría, pero mi mujer no quiere gatos, y a los chicos tampoco les gustan. El único que le hace caso soy yo, y el animalito se resiente. Estuvo muy pachucho, y si hubieras visto cómo se dejaba cuidar, qué agradecimiento... Mira, al recordarlo se me pone la piel de gallina.

No mentía. Tim no pudo ser más agradecido. Habría puesto el cuello en el tajo por el Encargado.

—Pues nada, trato hecho. Tráemelo mañana por la mañana.

—Por la mañana no puedo. Tendrá que ser por la tarde, a primera hora.

—A primera hora no, porque duermo la siesta. A eso de las cinco.

—De acuerdo.

Y como la conversación había sido telefónica, tanto el Encargado como Ventosa colgaron el teléfono.

El encargado tenía un utilitario. Cogió a Tim, lo puso a su lado y durante el trayecto, bastante largo, pidió excusas al gato:

—Malditas las ganas que tengo de separarme de ti —le fue diciendo—, pero ante todo quiero paz en casa. No puedo imponerte a mi mujer, que es una buena esposa, ni a mis hijos, que son buenos también. He de sacrificarte, pero conste que lo hago con dolor.

Y Tim hubiera querido contestarle:

«Lo sé y te comprendo. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí. Otro me habría dado el pasaporte y con la conciencia bien tranquila. Tú luchaste por mi vida y me siento cosa tuya, pero los gatos no tenemos voz ni voto en estos asuntos. Ojalá tu amigo, el PI, sea tan cabal como tú. Ah, ven a verme de cuando en cuando, seré feliz».

—No nos separaremos del todo —prosiguió el Encargado—. Yo voy a casa de Ventosa alguna que otra vez para hacerle compañía. Es un buen hombre, pero algo falla en él. En fin, date cuenta que encontrar colocación a cierta edad —y tú no eres de la primera volada— es difícil. Si ahora mismo quebrara la fábrica, yo me encontraría como tú, en desempleo. Sé discreto. Ni comida ni cuidados han de faltarte. Por lo demás... nadie es perfecto.

Ventosa admiró sinceramente:

—Espléndido ejemplar. Según Catilina... Pero espera, espera —dijo al ver el movimiento de retirada que inició el Encargado—. Espera, hombre, que esto es muy interesante.

—No puede entretenerme —dijo reculando el Encargado—. He de pasar por la fábrica porque el capataz se nos ha herido en la sección de embotellado. Pasaré cualquier día de éstos. ¡Ah!, el gato come de todo, es limpio como el que más y muy cariñoso.

—Bien, bien, hombre; pero ¿por qué tanta prisa? Siéntate y tomaremos un café.

—He de irme, de veras. Ya he tomado café en casa.

Y con una caricia a Tim, el Encargado dejó a Ventosa, quien, después de aposentar al gato en el mejor sillón de su despacho, se puso en pie y recitó el texto de Catilina de cabo a rabo. Era el primer discurso que Tim oyera en su vida, ya que las homilias de Basilio no tenían pretensiones. Se quedó dormido. Cuando abrió de nuevo los ojos y Ventosa le preguntó que le había parecido su actuación, Tim salió del despacho precipitadamente para hacer

sus necesidades; sabía que un cajón lleno de serrín le esperaba en la cocina o en el lavadero.

Y bien pronto Tim —Platón para Ventosa—, con la intuición que caracteriza a los de su especie, averiguó el fallo de su nuevo amo. Sencillamente era un pelmazo. La más mínima cosa, el acontecimiento más trivial, servía de pretexto para un discurso. Hablaba pomposa y extensamente, saboreando las palabras que destilaba despacio; el público era lo de menos. Lo bueno era escucharse, oír la propia voz. Se enrollaba con el portero, los proveedores, vecinos, conocidos, subordinados. Contaba con pocos amigos. Tenía una memoria prodigiosa para citas y fechas, hacía incisivos mareantes, y el infeliz que incautamente caía en sus manos salía breado por la tabarra. En el Partido se le temía, no porque fuera peligroso ni mala persona, sino por tardón. Su mujer, seguramente se había fugado a raíz de una de sus peroratas. Quizá sus hijos eligieron el exilio por la misma razón. Los sirvientes le aguantaban porque una casa con un hombre solo era un chollo en los tiempos que corrían. En cuanto al gato de tumor... ¡Animalito! Sócrates le había aguantado un par de años. Cerraba los ojos y procuraba dormir, pero Ventosa ponía mucho énfasis en sus lucubraciones, y de pronto pegaba unos gritos tremendos que hubieran despertado al gato más sordo. Es decir, cuando Ventosa tomaba la palabra, no la devolvía jamás, y ni siquiera quedaba el recurso de echar una siesta porque el buen hombre era temperamental y, en el fuego de su oratoria, capaz de poner en pie a las mismas piedras.

Malas lenguas decían que el último gato de Ventosa se había suicidado. Esto, claro, es mucho aventurar, porque ¿acaso un gato puede llegar a tales extremos de desesperación? La muerte por defenestración del pobre Sócrates quedó en la oscuridad, como tantas muertes.

En todo caso, Tim recordó las palabras del Encargado: «No eres de la primera volada». Él, hasta su enfrentamiento con la rata asesina, tenía una máxima que oyó en boca de su madre, las pocas semanas que vivió en su compañía: «Sé a quién gusto. Conozco lo que valgo».

Se daba cuenta de que ya no podía gustar en la medida que gustó cuando era gatito. Sabía también sus limitaciones. De modo que puso todo su empeño en complacer a Ventosa, lo que, al principio, le pareció relativamente fácil.

Pero algo había, una barrera infranqueable que le impedía acercarse a su nuevo amo, quien, por otra parte, jamás le dirigía la palabra. No había conversación posible en aquella casa; mil veces preferible la fábrica, con sus compañeros gatos y sus noches de cacería o de fiesta. Añoró el pequeño tejado de la rectoría y las amplias techumbres de uralita de la fábrica; en casa

del PI no era más que un prisionero. Un día se escapó escaleras arriba y se encontró con una puerta cerrada, de modo que volvió a bajar y escuchó humildemente el rapapolvos de la cocinera, que le enjaretó una tira de argumentos de lo más pedestres:

—Aquí estás como un rey. No te faltan ni comida ni cama, y te luce el pelo como probablemente nunca te ha lucido. ¿Qué más puede pedir un gato?

Y Tim —que entonces se llamaba Platón— tuvo ganas de contestar:

«No sólo de pan vive el gato. En esta casa falta eso, la *chispa*, lo que hace que la vida merezca ser vivida».

¡Qué voy a decirte, Tim! Vivíamos como quien dice el uno al lado del otro y no nos conocíamos. ¿Cuánto tiempo estuviste en casa del PI? No lo sé. Confieso que me hago un lío con el tiempo, y, además, ¿qué importa? Hay días que parecen años y años que sólo son días. Seguramente tomaste tus medidas desde la ventana. Quizá me habías visto y te resulté agradable. Intuiste que a mi lado te sería fácil encontrar un mínimo de comprensión. Desde la ventana que le fue funesta a Sócrates, hiciste tus cálculos: tenías que salvar el patinillo y alcanzar la rama del castaño. Y sin tardar. Antes de que tus músculos envejecieran; de otro modo, te encontrarían como al pobre Sócrates: tieso en el patio.

7. Lágrimas de gato

Y ahora llegamos al día de nuestro encuentro, que tuvo lugar, supongo, a las pocas semanas de tu acomodo en casa de don Arístides Ventosa. Durante ese tiempo nada ocurrió, aunque parezca imposible. Comer, dormir y escuchar. ¡Ah, caramba! Iba a olvidarme de algo importantísimo, algo que ha sido el punto de partida de tu fama en el barrio: aprendiste a llorar. La verdad es que tus lágrimas no son de pena, son de aburrimiento, o de amenazas de aburrimiento. Cuando te endilgaban un discurso, tu propósito era inhibirte y dormir, pero la fogosidad de Ventosa se imponía a tu sueño, dando paso a los bostezos. Abrías la boca hasta el límite. Tan profundamente inspirabas que todos los músculos de tu cara se contraían y tus ojos se convertían en fuentes de lágrimas que hacías desaparecer rápidamente con tu patita, de modo que Ventosa no se dio cuenta del fenómeno. Confieso que yo no lo descubrí hasta algún tiempo después de tu aterrizaje, cuando entre tú y yo no hubo secretos.

Tu presencia en esta casa ha sido una mina de inspiración y tú lo sabes. Cuando tomo apuntes de tu cuerpo, te superas. Y al enseñártelos, me miras agradecido, aunque no siempre apruebas:

«No, Timoteo. El lomo arqueado cuando voy a saltar, de acuerdo, pero no de tal forma. Esto parece una joroba. Fíjate bien».

Y arqueas el lomo al tiempo que levantas una de las patitas delanteras, e inicias la cautelosa carrerilla que terminará con el fastuoso salto final, en el que cobras una pieza invisible.

—Comprendo, Tim. Perdona mi torpeza. Oye, ¿cómo lo haces? ¡Ojalá pudiera yo arquear mis lomos de tal forma! Pero tengo lumbago y estoy más tieso que una estaca.

«Tampoco yo puedo dibujar, Timoteo».

Tienes más razón que un santo, y además eres delicado; siempre encuentras una excusa para mis fallos. Jamás se te ocurriría dejarme en ridículo. Si tropiezo, porque mis ojos ya no son los de antes y mis pies me lastiman, sueles excusarme diciendo:

«Si en lugar de grava tuvieras el patio enlosado, tropezarías menos. No creas, también a mí me mortifican estas piedras».

Y yo sé que no es verdad, que amoldas tus sensibles extremidades a la piedra en que te posas, que andas de puntillas y es una delicia mirarte. Eres agradecido, Tim, y tienes ley al castaño al que trepas a menudo. Vas de rama en rama, hincas tus zarpas en la rugosa corteza del árbol y, una vez arriba, empiezas a otear. Me llamas.

—¿Otra vez en el castaño, Tim?

Pero ya no es necesaria la escalera. Ahora que me conoces, no tienes reparo en bajar por donde has subido. Curioso. Me he dado cuenta de que desde la copa del árbol tus miradas se dirigen, a veces, con cierto temor, a la ventana desde la cual, deduzco, viniste a mí. Miras y miras. Una de las veces que trepaste al castaño, bajaste rápidamente con los ojos llenos de lágrimas. Aquello me dejó de piedra. Era la primera vez que ocurría y no supe dar razón de tu repentina tristeza. Me limité a decirle a Jesusa y también a Quiteria:

—Este gato llora. Es casi humano.

Y tú, con la patita, enjugaste inmediatamente las lágrimas, porque no te gusta hacerte notar.

Cuando Tim me adoptó, tuve miedo de que encontrara aburrida mi compañía. Yo sé que mis historietas han hecho reír a niños, jóvenes y viejos, pero eso no quiere decir que sea un hombre divertido. Cuando dibujo o escribo soy otro hombre. Soy Timoteo dibujante e *historietero*. No puedo decir historiador porque la historia no es mi fuerte. Desde el primer día me sentí en cierto modo responsable de su felicidad y por todos los medios traté de interesarme por él. Le inventé siete vidas y a lo mejor le inventaré otras tantas porque un gato da mucho de sí. En casa cayó bien a todo el mundo. Quiteria pretende que un gato necesita muchos cuidados y cariño, mucho cariño.

—Y más éste, señor, que ha sufrido tanto.

—¿Cómo sabe que ha sufrido?

—Porque leo todo lo que escribe sobre él.

—Me lo he inventado.

—Lo de la oreja no se lo ha inventado, lleva un buen corcusido. ¿Y el hocico? Mire, parece que siempre sonría y no es eso. Algún punto debió de quedarle encogido.

—Tiene razón, Quiteria.

Jesusa opina que la electricidad de Tim es beneficiosa para mi reuma.

—Te veo más ágil, Timoteo, desde que el gato está con nosotros.

—Trato de imitarlo.

Y en cierto modo es verdad. Antes, antes de tenerte conmigo, me levantaba de la cama, medio engurruñado todavía, y me dirigía al baño dando traspiés. Claro que soy gordo y fachoso, pero no toda la culpa venía de mis carnes; simplemente no sabía despertarme. Ahora que he visto cómo lo haces, voy más seguro. Antes de dejar la cama me estiro. Me estiro como tú te estiras: una pierna y después la otra hasta el límite de mis posibilidades. Lo mismo los brazos. Y bostezo ampliamente; también la cara necesita despertarse. Porque tengo la mala costumbre de dormir con el ojo izquierdo hinentumecido. Bostezo y el ojo se despierta del todo. Cuando yo era joven se decía de mí que tenía los ojos avispados y expresivos. Ahora los tengo siempre algo adormilados. Y se me han vuelto muy pequeños. Pero si bostezo a fondo se reaniman. En cuanto a lo del reuma, pues tiene razón Jesusa, que, si no fuera mucho más joven que yo, diría que es una madre para mí.

—¿Te acuerdas que el otro día te dije me sentía baldado de reuma?

—Lo recuerdo, Timoteo.

—Pues no dirías qué hizo Tim aquella noche.

—...

—Se vino a la cama conmigo.

—Puede darte asma dormir con un gato dentro de tu propia cama.

—¡Qué va! Se hizo una rosca y se apretó contra mi curcusilla. Tengo esas vértebras perdidas. Y de pronto empecé a sentir alivio. Oye, infinitamente mejor que una bolsa de agua o la manta eléctrica. Claro, que mi temor era espachurrar al gato. Si llego a darme la vuelta, sin querer, y con mis kilos, vaya, que el pobre no lo cuenta. Pero nada de eso. De vez en cuando se cambiaba de sitio para que yo me volviera y él se acomodaba al otro lado. Así pasamos la noche, yo cada vez más aliviado y el gato con una paciencia de santo. Tres noches de tratamiento y ya no duele. Ahora veré si puede acomodarse en mi nuca; también la tengo tirante.

Jesusa, cuando no sabe qué decir, mueve afirmativamente la cabeza. Cree a Tim capaz de todo.

—Y además —dice al cabo—, el gato es un remedio natural. Los calmantes no son más que drogas, y las drogas...

Jesusa cree que todos los males de la humanidad vienen de las drogas.

—... le dejan a una lela y ¡vaya gracia!

Lo insospechado, lo catastrófico, sucedió como unos tres meses después del aterrizaje de Tim en el castaño. Eran más o menos las seis de la tarde, justo la hora más gustosa para trabajar. Un día espléndido de primavera, ni frío ni caluroso. Oí el timbre de la puerta desde el patio, en donde me encontraba aprovechando la luz natural, y escuché. Me pareció que Quiteria discutía con alguien.

«Alguna visita inoportuna», pensé.

Tenía a Tim sobre los muslos. Me resulta difícil dibujar con el gato auestas, pero él se siente a gusto y es lo menos que puedo hacer por él, que tanto hace por mí. Tim dormía como las liebres, con un solo ojo, pero abrió los dos al oír los pasos de Quiteria y del visitante. Lo vi muy nervioso. Y Quiteria parecía demudada. Iba a preguntar: «¿A qué debo el gusto...?» poniéndome en pie, sin soltar al gato, que se agarró a mi cuello con desespero.

—Soy su vecino. Arístides Ventosa, para servirle. Vengo para un asunto enojoso.

—¡Qué lástima! —no pude por menos de exclamar—. ¿Qué le trae?

—El gato.

—¿Qué le ha hecho mi gato? —pregunté extrañado.

—Ese gato es *mi* gato. No el *suyo*.

—Señor, este gato es mío.

—A primera vista puede parecer que el gato es suyo, pero, dígame usted, ¿lo ha comprado?

—No.

—¿Se lo han regalado?

—Tampoco.

—Entonces, ¿de dónde viene el gato?

—Me vino del cielo. Lo vi volar y se posó en una de las ramas del castaño. Desde entonces es *mi* gato.

—Este gato es mío, señor, señor...

—Lámeme Timoteo.

—¿No tiene usted apellido?

—A fuerza de usar mi nombre he olvidado mi apellido.

—Pretende ser gracioso, ¿no? Pues bien, señor, vengo a que me devuelva el gato que debió de saltar de la ventana de mi casa a su castaño. Esta mañana, por casualidad, lo he visto en la copa del árbol. Y aquí me tiene, dispuesto a llevármelo.

Tim, pegado a mi cuello como una lapa, no hizo ni un movimiento para reunirse con su exdueño. Lo miré a los ojos. Lloraba. Me dio un vuelco el corazón. Quien no haya visto llorar a un gato no sabe lo que es dolor. Confieso que se me saltaron dos lagrimones como dos duros. Me los sequé inmediatamente con el dorso de la mano. Noto que de un tiempo a esta parte soy muy blando. Tim hizo lo propio.

Quiteria vio las lágrimas de Tim y las mías. Soltó un inmenso suspiro y preguntó en dirección a Ventosa:

—¿No le da vergüenza?

Ventosa debe de ser algo duro de oído. Preguntó a su vez:

—¿Cuál?

—Le pregunto si no le da vergüenza meterse con un pobre animal y con un hombre incapaz de matar a una mosca.

—El gato es mío —contestó erre que erre.

—El gato *era* suyo, tal vez —repuse—. Porque, ¿quién me dice que este gato, precisamente éste, es *su* gato?

—Lo reconocería entre mil. Tiene la oreja remendada y también el hocico. Y es pelirrojo.

—Hagamos una prueba —dije concillante—. Llámelo. Si acude a su llamada, no me quedará más remedio que entregárselo.

Ventosa pareció crecerse. Llamó con voz ampulosa:

—Platón. Ven con tu amo.

Por toda respuesta, Tim se estrechó más contra mi cuello.

—El gato no quiere ir con usted.

—Eso me tiene sin cuidado. Es mío, tanto si le gusto como si no le gusto.

Ahí sí que... Aquello me pareció el colmo del despotismo.

—¿Cuánto pagó usted por el gato? Yo le doy esa cantidad, o la que me pida, y se lo compro.

—Este gato me fue regalado por un amigo entrañable. Un compañero de escuela.

Aunque me parecía imposible que aquel energúmeno tuviera «amigos entrañables», le contesté pausadamente:

—Es posible que se lo regalara para... encontrarle un acomodo; no es tan fácil como parece colocar un gato adulto.

—Devuélvame el animal y no se hable más del asunto.

Aquel tira y afloja ya me tenía harto. Y a todas estas, entre el calor del gato y la temperatura primaveral, empecé a sudar a mares. Fijé mis ojos en los de Ventosa y supe lo que a primera vista me desagradó de él. Tenía la piel color salmonete. Quise terminar el enojoso asunto:

—No voy a devolverle el gato. Se ha ido de su casa, ha elegido la mía, y se quedará conmigo si ésa es su voluntad.

—Oiga. Usted no me conoce. Esto no terminará así como así. Puedo llegar muy alto, señor, señor...

—Timoteo.

—Déjese de guasas. Le digo que puedo llegar muy alto.

—¿Tanto como la copa del castaño? —pregunté astutamente.

—Pondré este asunto en manos de la autoridad.

—Vamos, hombre, no siga por ese camino. Estamos en una democracia. Usted, por lo visto, es un dictador. ¿Qué me dice de la autodeterminación y del derecho de asilo? Este gato ha elegido la libertad y está bajo mi protección. Ya puede usted dirigirse a las autoridades que quiera.

La cara de Ventosa subió de color. Ya alcanzaba el de las langostas. Suavicé mi voz.

—Por favor —le dije—, no sea usted criatura. Hay miles de gatos en busca de dueño, pero éste es *mío*. Para quitármelo tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Ventosa pegó un bufido y Tim contestó con otro. Ventosa se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse. Quiteria le precedió en el camino. Pero antes de salir del patio, Ventosa se volvió de nuevo y dijo amenazador:

—¡Nos veremos las caras!

No tenía las menores ganas de volver a ver la cara de Ventosa. La tiene grande, cuadrada y —como dije— del color de los salmonetes. Debía de emberrenchinarse con facilidad, amenazar por principio y abusar de su cargo de PI. Tim se soltó dulcemente de mi cuello. También sudaba el pobre. Lo dejé en el suelo y pedí a Quiteria una limonada bien fría. Tim se frotó el lomo contra la pernera de mis pantalones. Ronroneaba de gusto. Luego, miró la ventana. La funesta ventana. La bendita ventana a través de la cual había alcanzado la libertad. Y de nuevo dos lagrimones apuntaron en sus ojos.

—No, Tim, eso no —le dije—. Por lo que más quieras, no me llores. Nunca he soportado las lágrimas.

Al día siguiente, en el barrio, y gracias a Quiteria, todo bicho viviente se enteró de que mi gato, Tim por más señas, lloraba. Una riada de chiquillos invadió mi casa por la tarde. Sucedió con frecuencia. Los chicos del barrio me conocían y se dejaban caer por casa para charlar conmigo. Estas visitas no eran tiempo perdido. Yo aprendía su lenguaje, sus modos. Un escritor ha de estar al día, y nadie mejor que un niño para ponerle a uno al corriente de tales sutilezas.

—¿Es verdad que tu gato llora, Timoteo?

—Bueno, es un decir. Lloro en según qué ocasiones. Sería una lata tener un gato llorón.

Y efectivamente, Tim dejó de llorar por unos días. La verdad es que no tuvo motivo para entristecerse. Fueron días muy felices. Los dos nos relamíamos con las mieles del triunfo. Ventosa se convirtió en héroe secundario de mis historietas. Le llamé Ventorro para que no me demandara. Ventorro hizo las delicias de mis *fans* del barrio.

—¿Me dejas acariciar un poco el gato, Timoteo?

—Pero con cuidado.

Cuando Tim se hartaba de mimos, pegaba un brinco y se iba al castaño. Desde la ventana del primer piso de la casa de al lado, Ventosa, con unos gemelos, miraba, lo amenazaba con el puño y gruñía con su voz de sochantre:

—¡Ya verás lo que es bueno!

8. Mi dulce flor

Las semanas de paz fueron súbitamente interrumpidas por una citación. Debía presentarme en el Juzgado número tal, tal día y a tal hora. Y llevar el gato.

«No es posible —me dije—. ¿Habrás visto tamaña estupidez? Será puro trámite», pensé para tranquilizarme.

Y como soy un ciudadano respetuoso, tal día, a tal hora, me presenté en el Juzgado número tal, con Tim dentro de un morral apropiado y confortable. Podía cerrarse, pero lo dejé semiabierto para que Tim pudiera sacar la cabeza y ver lo que ocurría a su alrededor. Tim, como cualquier hijo de vecino, sufre al vivir encerrado.

Y allí, en uno de los despachos, fui recibido por dos caballeros. Uno debía de ser el juez; el otro, seguramente, era el secretario, ya que se puso tras una máquina de escribir. Hube de prestar declaración y lo hice del modo más formal. Creí en más de una ocasión ver asomos de risoteo, tanto en el juez como en el secretario, pero yo me mantuve muy serio, muy digno. He de decir que Tim estuvo a la altura, impávido, como si todo aquello le fuera totalmente ajeno. A decir verdad, y a juzgar por la actitud de aquel par de hombres, me las pinté muy felices. Pero...

Iba ya a retirarme con Tim en su morral, cuando me hicieron una última pregunta:

—De todos modos, usted reconoce que este gato pertenece a don Arístides Ventosa, vecino suyo.

—Pertenece, en todo caso —dije con cautela—. Y tampoco me consta. Mientras vivió con don Arístides, si vivió, yo no tuve el gusto de conocerlo. Mi primer contacto con este animalito, como les he dicho, fue casual. Lo vi por los aires y aterrizó en el castaño que tengo en el jardincillo de mi casa. Fue un acto *voluntario*. Y se quedó conmigo *voluntariamente*. La tapia de mi jardín es muy baja, y de haber querido abandonarme, nadie se lo hubiera impedido. Él eligió mi casa y se quedó en ella, ¿no es eso, Tim?

Tim maulló afirmativamente. Los dos hombres se miraron. Ya no tenían ganas de reírse.

—Haga pasar a don Arístides Ventosa —dijo entonces el juez al secretario—. La declaración del demandante no concuerda con la del demandado.

Ventosa entró en el despacho reventando de suficiencia. Tendió la mano al juez, que se la estrechó con desgana. La tendió al secretario, que respondió sin demasiado calor. A mí no me tendió nada, por fortuna. Pero miró a Tim y Tim vertió un chorro de lágrimas. El juez y el secretario se quedaron boquiabiertos.

Entonces la luz se hizo en mi cerebro: Tim sólo lloraba a la vista, o al recuerdo, de Ventosa; como Quiteria llora cuando pica cebollas. Ventosa era la cebolla de Tim. Ciertamente había dolor en aquellas lágrimas, pero ¿hasta qué punto un gato es capaz de llorar de tristeza? De todos modos, abundé en ese sentido.

—Llora de pesar, señor juez. Este gato debió de ser muy desgraciado en casa del señor Ventosa, con todos los respetos que se merece.

Ventosa se puso de nuevo al rojo vivo. Mal asunto aquellas sofoquinas.

—Esto cambia las cosas —dijo el juez.

—Esto no cambia nada —interrumpió Ventosa con petulancia—. El gato es mío.

El juez se sintió ofendido por el tono.

—Repórtese, Ventosa —atajó—. Todo el jaleo que usted ha armado no es más que una tempestad en un vaso de agua. Yo puedo proporcionarle un gato, si tanto interés tiene. Precisamente la portera de casa acaba de tener una gatada. Quiero decir que la gata de mi portera acaba de tener crías.

—Quiero *ese* gato —insistió Ventosa señalando a Tim con el índice—. Es *mío*. Y este señor, señor...

—Timoteo —susurré.

—Se ha apropiado de él indebidamente. Exijo que me lo devuelva.

El juez, hay que decirlo, se portó a la altura de Salomón.

—En el fondo —dijo—, el único culpable, si culpa hay, que no la veo por ningún lado, es el gato. Y yo no soy juez de gatos. Sus leyes, sus códigos, me son desconocidos. De todos modos vamos a hacer una sencilla prueba para que no se diga que he fallado arbitrariamente. Señor Ventosa, aléjese un poco. Váyase al otro extremo del despacho.

Ventosa se alejó de mala gana.

—Y usted —dijo dirigiéndose a mí—, ocupe el extremo opuesto.

Me disponía a ir al lugar señalado con el gato dentro del morral, cuando el juez me detuvo.

—No. Deje el gato, con el morral abierto, encima de mi mesa. Permanezcan los dos —nos miró a los dos— callados. Veremos por quién se decide el gato.

No tuve tiempo de alcanzar mi rincón. Tim ya había saltado del morral para encaramarse a mis hombros. Su cara contra la mía, sus patitas delanteras alrededor de mi cuello, llorando a lágrima viva.

El juez y el secretario bajaron la cabeza. El gato aquel partía el alma.

—No hay discusión —dijo el juez—. El gato es de Timoteo. Vaya, don Arístides, un poco de seriedad, que tenemos mucho trabajo.

Esto ocurrió un hermoso día de primavera, pero igual hubiera podido ocurrir en invierno. Quiero decir que aquel día fue hermoso porque ya nada podría separarme de Tim. El malvado Ventorro había tenido que hocicar. Pronto hube de desengañarme.

Pero antes de seguir adelante he de hablar de Jesusa, mi secretaria, mi nieta adoptiva, la flor de mi vejez. Han transcurrido algunos años desde mi casual encuentro con ella en un autobús, nueve para ser exactos, de modo que ahora ella tiene veintiocho. Jesusa estudió y se licenció en Económicas, habla perfectamente cuatro idiomas, es una preciosidad de criatura y sigue soltera. Y me pregunto: «¿Acaso los jóvenes de hoy no tienen ojos?», porque no abundan las Susas. Ella, soltera, y cientos de callos, casadas y madres de familia. ¡Qué cosas! Pero todo tiene una explicación, según se mire. Jesusa vive con una madre ya vieja —ella es la más joven de siete hermanos— y algo egoísta. Esa madre ha ahuyentado todos los posibles partidos de mi Susa. A ésta no le hubiera quedado más remedio que hacer como Tim, o como la mujer y los hijos de Ventosa: huir. No ha querido hacerlo. Le falta valor o le sobra generosidad. De modo que se ha quedado al cuidado de la madre, procurándole compañía y bienestar; los hermanos lo encuentran justo; yo no, por supuesto. Me dice Jesusa cuando sale a relucir este tema:

—Comprende, Timoteo. El hombre que se case conmigo habrá de hacerlo también con mi madre; no puedo abandonarla.

—Te comprendo, hija, te comprendo. Si yo tuviese cuarenta años menos me vería con valor suficiente para casarme con toda tu familia. Pero tengo, poco más o menos, la edad de tu madre, y además me doy cuenta de que no soy un marido apetecible.

Jesusa se encoge de hombros.

—Es así, Timoteo. Mi madre no puede vivir sin mí.

—Tienes otros hermanos.

—Han organizado su vida.

—Nadie es imprescindible.

—Bien solo te quedaste cuando lo del accidente de tu mujer.

—En ese accidente no sólo perdí a mi mujer, sino también al hijo que esperábamos. Creí que no sobreviviría y aquí me ves: gordo, viejo y tratando de divertir a los demás. La vida es un asco, Susa, pero asco y todo hemos de vivirla. Somos felices por un día de sol, por el pájaro que canta, por la flor que nos sonríe en nuestro camino, por nuestros recuerdos felices, por tantas otras cosas...

Jesusa viene a mi lado. Besa mis fofas mejillas.

—Te quiero, Timoteo.

—No digas tontadas. Me quieres como se quiere al abuelo chocho que no sabe dar un paso sin la ayuda del nieto favorito.

—Eres un abuelo encantador.

—Pero no te sirvo. Vive, Susa, vive. Es lo único que puede consolarnos cuando nos llega la desgracia.

Jesusa, además del trabajo que yo le doy, tiene otro empleo. Necesita esos sueldos para mantener a su madre. Los seis hermanos restantes se lavan las manos y yo me desespero.

—Estás malgastando tu juventud, Jesusa. Una mujer ha de tener hijos. Es importante.

—Lo sé, lo sé.

Y de pronto se enfada:

—Basta ya, Timoteo. Es así, no le des más vueltas. Mi caso es el de tantas y tantas mujeres que han renunciado a su propia vida por tener que dedicarse a otros. No hay solución.

Me callo. Abrimos el correo. Siempre es un momento de expectación. Jesusa me traduce las cartas de Inglaterra, de los Estados Unidos, de Alemania... Se alegra de las buenas noticias como si fueran algo propio. Luego, contestará las cartas.

Jesusa tomó muy a pecho todo el asunto de Tim y se rió mucho cuando le conté lo del juzgado.

—Lo que me extraña —dijo— es que todo un señor juez quisiera ocuparse en algo tan tonto.

—Me advirtió Ventosa que llegaría muy arriba. El juez debe de ser uno de esos amigos ocasionales. No pudo negarse.

—En fin, lo principal es que ganaste el pleito. Ventorro ya no molestará más.

Susa, mi dulce flor, es tan ingenua como yo.

9. Un regalo

La paz que saboreábamos duró poco. No llegó a la semana. Aquella tarde, cuando Jesusa se fue, admiré agradecido las flores de glicina que colgaban del —digamos— emparrado, y cogí la manguera para regar sus pies. Luego, refresqué los árboles y también los arriates. Tengo algunos ejemplares de plantas y flores muy hermosos. Siento predilección por los jazmines que recubren las tapias y los rosales que trepan por la fachada posterior de mi casa. Me gustan las flores y las plantas aromáticas como la albahaca, la reseda, la menta, la valeriana y la nébeda. Tengo perejil y estragón, y una tomatera que ha crecido espontáneamente; Dios sabe cómo llegó hasta aquí la semilla. Tengo también una gran mata de manzanilla, algunos cactus y un palmito que no para de echar hojas. Eso sin contar los geranios y las azaleas. Como el patio no es muy grande, mis árboles son pocos: un castaño, una mimosa y un sauce. Las ramas del castaño están invadiendo el patinillo de la casa de Ventosa y tendré que podarlas. Mientras riego, me doy cuenta de que plantas y flores agradecen mis cuidados; el aire, al atardecer, se llena de perfumes. Trato de no hacer diferencias entre ellas, porque en una ocasión en que me enamoré de una gardenia, los otros arbustos empezaron a ponerse lacios; algunos decidieron morir. Lo tengo muy presente, y mientras riego digo a mis plantas que son bellas y que las amo. Es la mejor vitamina para cualquiera.

Me encontraba metido en una de mis ocupaciones favoritas, a esa hora en que el sol ha cedido y la tierra suspira por un poco de agua, cuando llamaron a la puerta. Tim, que se refrescaba el hocico en la toma de agua de la manguera, pegó un bufido y de un salto se encaramó al castaño. Esto me dio mala espina.

La puerta de la casa que da al jardín se abrió y dio paso a Quiteria, que no es muy protocolaria, seguida de Ventosa. El hombre se acercó a mí sonriente. Vi en su mano una botella de champán.

—Hola —dijo Ventosa tendiéndome campechanamente su diestra.

—Hola —contesté. Y le tendí la mía porque no tuve más remedio.

—Espero no molestarle.

—Diga, diga... —y mentí—: Estoy esperando una visita.

—Esto no nos llevará mucho tiempo. Verá, Timoteo, creo que debemos deponer nuestra actitud beligerante. Hemos luchado y usted ha vencido, pero sabemos todos que en las guerras no hay vencedores ni vencidos.

—Ya, ya.

No tenía la menor idea de adonde quería llegar, de modo que mi actitud era fría, procurando curarme en salud.

—Y aquí está la prueba —dijo en tono triunfante—. Traigo una botella de champán. Vamos a festejar nuestra incipiente amistad.

No me gusta el champán, y menos el dulce. El que Ventosa enarbolaba victoriosamente lo era. Siempre ocurre lo peor.

—Sí, amigo. Bebamos un copa —dijo.

Quiteria, que se había quedado a la expectativa, preguntó:

—¿Traigo dos copas, señor?

Asentí con la cabeza.

—Éste es dulce —aclaró para animarme.

—Ya lo veo.

Quiteria reapareció con una bandeja. Traía dos copas y almendras tostadas.

Ventosa hizo saltar el tapón y sirvió.

—Acabo de sacar la botella de la nevera. Espero que esté bien frío.

Bebimos. Odio el champán dulce; me da dolor de cabeza.

—Pues sí. Me he dicho: «Ventosa, no hay que tomar las cosas por el lado que quema. He perdido un gato, de acuerdo, pero puedo ganar un amigo. Un amigo que, además, resulta ser vecino». ¿Se imagina las ventajas que puede proporcionarnos una vecindad amistosa?

Claro que podía imaginarlas. Me eché a temblar. Desde la copa del castaño, Tim se enjugaba las lágrimas con la patita. ¡Al diablo con Ventosa!

—Oiga, Ventosa, yo agradezco el gesto. Reconozco que es elegante, pero soy muy avaro de mi tiempo. Si me dejara tentar por amistades y compromisos, no daría golpe. Dese cuenta de que en este negocio mío soy el amo, el obrero y la máquina.

Por una vez fui infiel a Jesusa, que es mi brazo derecho.

—Pero una pausa, Timoteo, una pausa no hace daño a nadie; al contrario. Después de unos minutos de comunicación, usted se sentirá más brillante.

Empezaba a sentirme del todo mate.

—También yo estoy muy solo —se lamentó Ventosa.

—Yo no he dicho que estuviera solo. He dicho que no puedo dejarme tentar. Que mi tiempo es oro puro.

—Bien. No voy a robarle su precioso tiempo.

Y al ver que yo nada hacía por retenerle, se levantó de su asiento y empezó a husmear entre mis plantas y mis flores.

—Veo que es usted un enamorado de la naturaleza —comentó.

Se inclinó sobre la mata de menta y, con un retortijón del índice y del pulgar, arrancó un ramito.

—¡Está usted loco! —grité—. No se arrancan las flores ni las ramas a pellizcos. Para eso tengo yo tijeras y podaderas. Las plantas, Ventosa, son seres tan sensibles como... —iba a decir: usted o yo, pero Ventosa no era sensible, ni en sueños. Dije—: Tan sensibles como cualquier ser humano.

Entonces se puso a recitar pomposamente, en latín, el nombre de mis flores, de mis plantas y hasta de mis árboles. Allí exhibió su sabiduría, citándome propiedades y diferencias, para maravillarme, sin duda. No pude aguantarme:

—Veo que es usted un entendido en botánica, pero no tiene la menor idea de lo que es una planta, un árbol o una flor. Y además, no tengo por qué saber a qué familia pertenecen. Son bonitas, las quiero y basta. Ahora haga el favor de dejarme. He de salir.

—Antes dijo que esperaba una visita. Veo que sólo era una excusa.

—Pues sí. Tengo que hacer.

—Volveré en momento oportuno. Sólo quería hacerle saber que no le guardo rencor.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo. Yo tampoco.

Me tendió de nuevo la mano y echó una mirada a la botella de champán; casi no la habíamos tocado.

—Si la mete en seguida en la nevera, todavía estará bueno para la cena.

—De acuerdo. Vaya usted con Dios.

—Hasta la vista, Timoteo. Ha sido un placer.

¡Qué bien me conoces, Tim! Apenas desaparecido Ventorro, bajaste del castaño. Nos abrazamos como después de un grave peligro. Charlamos tú y yo un buen rato y hasta nos reímos. ¡Mira que llamar a nuestra manzanilla *Anthemis Nobilis* y al perejil *Petroselinum*...!

—Ha debido de espiar el patio con sus gemelos y luego ha empollado un tratado de botánica para deslumbrarnos. ¡Qué tío! ¿Y qué me dices de la ocurrencia del champán? No tiene desperdicio. Lo malo del caso es que se aficione a mí, que se deje caer por aquí con pequeños presentes. Pues va dado si piensa comprarme con champán dulce; se pasa de listo —dije a Tim.

Nos miramos a los ojos y vi que no parecías contento. Como si, en el fondo, todo aquello no fuera tan risible. Como si quisieran decirme:

«Ahora que lo he apartado de mi vida, me da un poco de pena. Debe de ser horrible que nadie te quiera».

—Tienes razón, Tim, pero él se lo ha buscado.

«¿Cómo lo sabes? Quizá el ignore que es un pelmazo. Y tiene algo, algo que no gusta. Incluso físicamente».

Ventosa debe de tener unos cincuenta años. Es alto —un *tipaso*, que diría Quiteria, que es del Sur, y en vez de tipazo dice *tipaso*— y atlético. Va impecablemente vestido; clasicón, eso sí. ¿Su cara? Faltando a la caridad, puedo asegurar que su piel es repelente. Si fuese mujer no le daría un beso por nada del mundo; siendo un hombre, la cuestión no se plantea. Tiene dos cejorras como dos escobas, frondosas, alborotadas y muy negras. También son negrísimos sus ojos, ni grandes ni pequeños, muy brillantes. Negros son sus cabellos, abundantes y recios. Sus dientes, muy blancos y fuertes. Todo él da la sensación de dureza, de ambición. Quiteria, que es algo así como la gaceta del barrio y considera obligación tenerme al corriente de los chismes que circulan por el vecindario, fue quien me dijo lo de la mujer y los hijos.

—Y no se fugó con otro hombre, no. Se fue con los hijos. Dice que el clima de Venezuela no le sienta bien, pero no quiere volver. Él estaría dispuesto a perdonarla.

—Allá él. Es cosa suya.

Así es, Tim, y comprendo que no apruebes mi actitud. Pero ¿y tú? En cuanto lo has visto te has engarbado en el castaño. Así ya puedes predicar comprensión. ¡Menuda! Si yo pudiera desaparecer entre las ramas del árbol en lugar de tener que aguantar las peroratas del Ventorro, quizá terminaría por encontrarle encantos. Lo malo es que ese hombre lo confunde todo, es incapaz de hablar sencillamente.

«Ahora me da lástima».

—Sí, sí, pero en cuanto le ves, se te saltan las lágrimas.

«Son lágrimas de aburrimiento».

—¿Y te parece poco?

«Haré un esfuerzo. Ahora que me has dado asilo procuraré no trepar al árbol. Me mostraré más abordable».

Cuando, al día siguiente, le conté a Jesusa lo de la visita de nuestro vecino, se puso a la defensiva.

—¡Ojo, Timoteo!, a lo mejor quiere envenenar a Tim. No me fío ni un pelo.

—¡Criatura! Una cosa es que nos caiga gordo y otra creerlo capaz de cometer... un crimen.

—Ese hombre me inquieta. Tiene algo siniestro.

—¡Bah!

De pronto tuve un presentimiento, y algo así como un reguero de hormigas empezó a desparramarse por mi cuerpo. Jesusa había traído de Correos un certificado y quería, a toda costa, que le prestara atención. Tim seguía con cierta codicia el vuelo de los pájaros entre las ramas de mis pocos árboles. Por la mañana, cuando me desayuno, vienen a picotear las migajas de mi *croissant*. Por las tardes, cuando el sol cede, cantan que es un gusto. Tim salta de aquí allá con deseos muy culpables, he de confesarlo. Por el momento, que yo sepa, aún no ha cometido ningún desaguisado, pero sus intenciones bien claras están. Supongo que cazar un pájaro, para un gato, es algo sin gran importancia.

—Jesusa, deja ese certificado y atiende. ¿Qué ocurriría si Ventosa leyera mis últimos *cómics*? ¿Crees que se reconocería en el Ventorro?

Jesusa palideció levemente. Por unos segundos su respiración se cortó. Luego, contestó:

—Un hombre como Ventosa no lee *cómics*, Timoteo. No es para despreciar tu literatura, pero no. No veo a Ventorro con una de tus historietas.

—Antes, antes de lo de Tim, no lo hubiera hecho; pero ahora, Jesusa... Sin vanagloriarme, creo que me he convertido en lo más importante de la vida de Ventosa. Y cuando uno se interesa por alguien, también se interesa por todo cuanto se refiere a él.

Tim se había encaramado de nuevo al castaño. ¡Qué equilibrio el suyo! Se mantenía en una rama sobre sus dos patas traseras y con las delanteras pretendía atrapar un pájaro.

—¡Tim! —grité en su dirección—. Como pilles un pájaro te devuelvo a Ventorro.

Mano de santo. Tim se ovilló entre una rama y el tronco del árbol. He llegado a la conclusión de que comprende lo que le digo.

—Pero has tenido mucho cuidado en disfrazar tu personaje —prosiguió Jesusa—. Tu Ventorro es canijo, rubio y de ojos claros. Justo lo contrario de nuestro hombre.

—Ahí está. Sólo he cambiado el físico. En lo otro no le he tocado en absoluto. Mi Ventorro es astuto, pedante y latoso. Y le he dado un cargo oficial para que tenga la ocasión de hablar por los codos.

—¡Qué desastre! —exclamó Jesusa. Luego, reaccionó—. Es demasiado fatuo para reconocer sus defectos. Él debe de creerse interesante y ameno. Ni siquiera comprende por qué le dejó su mujer. Mira que irse de su lado sin más... No. Quédate tranquilo. Ventosa no se reconocerá en Ventorro.

Aquella tarde, Tim, cazaste un pájaro. Y en tu inocencia viniste a dejármelo a mis pies, como un regalo. Te regañé muchísimo y tú te fuiste a tu capacho lleno de amargura. Fue el primer y único disgusto que me has dado, Tim. Un disgusto muy grande, porque los pájaros son mis amigos; vienen a mí y llenan el aire de canciones. ¿Qué daño te había hecho el pajarito? Lo enterré al pie del castaño. Igual que tú, es el árbol que prefieren.

10. Cálido julio

El verano se nos echó encima de un modo brutal. Ni un soplo de aire, humedad a tope y, casual calamidad, el termómetro registró durante varios días las máximas temperaturas del siglo. ¡Qué julio! El mismo Tim parecía derrengado, iba durante las horas trágicas con la lengüita fuera y dejó sus caricias para el atardecer.

En verano me pongo unos viejos *shorts* y voy desnudo de cintura para arriba. Sudo a chorros, lo que digusta a Tim tanto como a mí. Nuestra desesperación alcanzó el límite el día en que el termómetro marcó los 38°. En otros lugares de la península alcanzaron los 46°, miles de gallinas murieron de sofoco, los árboles perdieron hojas como en pleno otoño y yo tomé una decisión de emergencia: fui a la peluquería para que me raparan la cabeza y la barba. Cuando me miré al espejo no me reconocí. ¡Dios, qué papos! La barba, que tanto envejece a los jóvenes, rejuvenece a los viejos, tapa el cuello y las fofeces de las mejillas. Susa, que jamás me había visto de tal forma, pegó un grito. No me reconoció. He de añadir que, al regresar de la peluquería, a Quiteria le dio un medio soponcio y Tim me pegó un bufido. Vaya, nadie me encontró a su gusto.

—¿Pero qué ha hecho usted, hombre de Dios? —exclamó Quiteria con su peculiar acento—. Está feísimo.

—No somos nadie, Quiteria. De todos modos, estoy más fresco.

Jesusa, después de la primera impresión, aprobó:

—Me has pillado de sorpresa, pero pensándolo bien...

Y al día siguiente sacrificó su hermosa melena color de miel. Porque Jesusa tiene el cabello del mismo color de sus ojos y creo que de ahí nace su encanto. Miel en sus ojos, en sus cabellos y en su tez, que es trigueña. Susa se me presentó tan pelona que parecía recién salida de uno de aquellos tifus de antes.

—¡Qué disparate, Jesusa!

—Pues anda que tú...

—¿Y si pelásemos a Tim? Debe de sufrir un calor espantoso con su abrigo de pieles.

—Si fuese un perro, sí podrías raparlo, pero ¿un gato? Nunca se ha visto un gato pelado.

—Tienes razón —confesé.

Tim se defendía a su manera, dejando puñados de pelos en su capacho, en los sillones, por todo lo que le salía al paso. Hasta en las ramas del castaño se veían pelos de Tim.

—Si continúa así —comentó Quiteria—, el gato va a quedarse calvo.

Y para no ser menos, también ella sacrificó un moño teñido de rubio y muy hermoso, por el que sentía gran apego. La vi aparecer con una cabeza semiafro y hube de decirle que se había quitado diez años de encima.

—Pues tiene razón el señor. Estoy mucho más fresca.

No sé si fue la tarde del cinco o la del siete de aquel pegajoso julio; fue, eso sí, después de la rapada general, el día en que los bosques vecinos decidieron arder y en que el viento nos cubrió de cenizas. Tim se había echado a la sombra de las nébedas y Jesusa y yo corregíamos mi última historieta. De pronto llegó Quiteria en un sudor y nos dijo:

—El señor Ventosa pregunta si puede recibirle. Va acompañado de otro señor.

No podía negarme, ya que Ventosa, previamente, me había estado espiando por la ventana que da al patinillo. ¿Quién sería el otro?

—Hágalos pasar —dije, dispuesto a que la visita fuera corta.

Esta vez eran dos las botellas que llevaba Ventosa. Dos botellas grandes de cerveza, que puso con ademán magnánimo sobre la mesa, casi encima de mis apuntes.

—Buenas tardes, Jesusa; buenas tardes, Timoteo —dijo—. Tengo el gusto de presentarles a un buen amigo. Es el Encargado de la Fábrica de Cerveza, ya sabe, la mejor que tenemos en la ciudad.

El Encargado me tendió la mano. Presenté a Jesusa, que hizo ademán de retirarse, pero yo insistí:

—Quédate, Jesusa. Los señores comprenderán que tenemos trabajo.

Jesusa se quedó y vi con desagrado que Ventosa la miraba con la misma golosía con que Tim mira a los pájaros. El Encargado me pareció un hombre

muy cabal, algo incómodo por encontrarse en aquella situación. Quiteria trajo más sillas y nos sentamos.

—Traiga vasos también, Quiteria —dije, dando por sentado que las cervezas eran, de nuevo, un regalo.

—He pensado —dijo Ventosa— que hoy no se resistirá a una cerveza bien fresca. Viene directa de la fábrica y está sin pasteurizar.

Y mientras Quiteria volvía con la bandeja, los vasos y unas aceitunas, Ventosa nos habló de la cerveza como si fuera un maestro cervecero, un técnico, vaya, y el pobre Encargado tan sólo la escoba de la fábrica. El Encargado, que conocía a Ventosa desde la infancia, no le interrumpió. Y, la verdad, miré las botellas sudorosas como si estuviese en el desierto. Me gusta la cerveza. Refresca y apenas si tiene alcohol. Ya sé que engorda y luego sudo como un bárbaro, pero aquella vez mi vecino había encontrado mi talón de Aquiles. Quiteria, que está en todo, trajo también un abrebotellas.

—Permite —dijo Ventosa—. Y nos dio una clase sobre el modo de verter la cerveza. No más de tres centímetros de espuma en el borde del vaso. El Encargado no dijo esta boca es mía.

—Y ustedes se preguntarán las razones de esta nueva visita —dijo Ventosa—; son muy simples. Me he dicho que con este calor nada apetecía tanto como una cerveza, y aquí, mi buen amigo el Encargado, se ha ofrecido a traerme estas dos botellas especiales, sin pasteurizar, ya que la cerveza pasteurizada, para los entendidos, no tiene el mismo *bouquet* que la de barril, que no pasa por el proceso de la pasteurización. ¿No es así?

Se dirigía al Encargado, quien movió la cabeza asintiendo. Luego, al cabo de un momento, se limitó a decir:

—La cerveza sin pasteurizar ha de consumirse rápidamente. La conservación de la cerveza embotellada es prácticamente indefinida.

—Con reservas, claro —objetó Ventosa.

—Claro —asintió el Encargado.

Bebimos. ¡Buenísima! Se lo dije al Encargado:

—Es excelente.

Y entonces caí en la cuenta de que Ventosa vestía un traje de lino blanco, impecable, camisa también blanca, corbata de seda natural azul marino con lunares blancos, zapatos y calcetines blancos... De punta en blanco, vaya, como un primer comulgante. El Encargado iba corriente; muy limpio, eso sí,

con pantalón de rayadillo y polo azul. Yo era la nota discordante, lo feo, lo chabacano.

—Excusen —dije, señalando mi pecho desnudo y veloso—. El calor me agobia y no esperaba visitas.

—¡Por favor! —exclamó tolerante Ventosa—. Está usted en su casa. Veo que ha sacrificado barba y cabellos.

Me encontré más desnudo que una lombriz. Jesusa no pudo aguantarse y soltó un chorrillo de risa, que al poco se transformó en una carcajada. Yo también me puse a reír y el Encargado se unió a nosotros, no sé por qué, de nervios acaso.

Me levanté. Debía cubrir mis desnudeces. Tapar mi pecho velludo y mi piel que, como casi todas las de los pelirrojos, es una constelación de pecas.

—Siéntese, Timoteo —ordenó Ventosa—. La verdad es que hace mucho calor.

No le hice caso y me dirigí a la casa. Enfilé unos pantalones de algodón y elegí la camisa más fresca que pude hallar. La temperatura de las prendas era superior a la de mi cuerpo, como si acabaran de plancharlas.

—¿No te joroba? —musité mientras me vestía.

Y me miré al espejo. Aun vestido tenía un aspecto descuidado comparándome al Encargado, y no digamos a Ventosa.

Durante mi cortísima ausencia algo debió de ocurrir, porque Jesusa me recibió con expresión de alarma. El Encargado, seguramente por instigación de Ventosa, tomó la palabra:

—Mis hijos son grandes admiradores suyos, Timoteo. Auténticos *fans*, como se dice ahora.

—¡Oh, las criaturas! —exclamé, quitando importancia al asunto.

—Y cuando Ventosa me habló de usted —prosiguió el Encargado—, de que eran vecinos y del asunto del gato, también yo me puse a leer sus historietas.

Unos hilillos de sudor empezaron a empapar mi camisa.

—Curioso que al hablar de Tim...

—Excelente personaje —interrumpió Ventosa.

—... que al hablar de Tim haya usted dado con la Fábrica de Cerveza. ¿Cómo pudo usted relacionar el gato con esa fábrica?

—Tim me lo cuenta todo —dije, dándomelas de gracioso.

Jesusa me echó un capote.

—Mírenlo. Hace unos minutos dormía bajo la nébeda y ahora ya está en lo alto del castaño. Es su torre vigía. Allí debe de sentirse feliz.

—Le tomé mucho afecto —dijo el Encargado—. Es un animal agradecido.

Ventosa se encogió de hombros.

—No puedo decir lo mismo. Y además... hagamos la prueba. Llámalo —dijo al Encargado—. Llámalo y a ver si baja.

El Encargado se aproximó al castaño. Dijo amablemente:

—¡Hola, Rojo! ¿Me recuerdas?

Tim maulló asintiendo. Luego, con gran cautela, bajó poco a poco del árbol. Por último se refugió en los brazos del Encargado y le lamió una oreja.

—¡Ay, Rojo, Rojo! Qué de vueltas da la vida.

Jesusa respiró con alivio. Creyó por un momento que el peligro había pasado, pero Ventosa era tenaz y prosiguió:

—También yo me he interesado por sus historietas, Timoteo. Y creo ver en ellas ciertas alusiones injuriosas.

El Encargado salió al paso:

—Te he dicho que es pura casualidad. Como lo de la fábrica. Los escritores inventan, y a veces lo que inventan coincide con la realidad.

—Más a mi favor.

—¿Cómo dice? —pregunté.

—Está bien claro: Ventorro soy yo. Podría demandarle.

Jesusa rió, esta vez sin ganas.

—Vamos, Ventosa, usted ve fantasmas. Ventorro es un comino de hombre y usted es todo un tipazo.

Sonreí pensando en Quiteria y en su *tipaso*.

—Claro. No iba a retratarme. Pero en la parte moral...

—En la parte moral —dije audazmente— se parece menos que en la física. Usted es un hombre culto, ameno, brillante diría, y no me duelen prendas. Ventorro es una lata, un fatuo que confunde la oratoria con la verborrea, la cultura con la pedantería.

Ventosa me miró con sus brillantes y negrísimos ojos. Una mirada asesina.

—Le ruego que prescinda de ese personaje, Timoteo, o tendrá que vérselas conmigo. Y esta vez no será como la anterior. Un gato es un gato, pero no se juega con una reputación.

—Los niños se han encariñado con Ventorro —dije mansamente—. Es un buen hombre en el fondo.

Los niños... Precisamente era su hora. Cuando el sol se ponía, venían a mi puerta con sus meriendas. Allí, alrededor de mi mesa, despachaban sus

bocadillos, sin olvidarse de Tim, al que guardaban migas de atún o rodajas de salchichón. Tim no hacía feos a los niños. La puerta del patio se abrió y asomaron unas cabezas.

—¿Podemos pasar, Timoteo?

—Entrad, entrad —dijo con entusiasmo no fingido—. ¿Queréis naranjadas, cocas? Quiteria os las servirá.

Se fueron y volvieron al instante, cada uno con su botella.

—Oye —preguntaron—. ¿Qué nueva fechoría ha hecho el malvado Ventorro?

Jesusa pretendió hacerlos callar.

—No es malvado. Ventorro es un infeliz. Un buen hombre incomprometido. A mí me cae tremendamente simpático.

Ventosa dirigió por segunda vez sus ojos brillantes hacia mi Susa.

—La incomprensión es fuente de las mayores desventuras —afirmó Ventosa—. Repito: deje ese personaje, Timoteo, si no quiere tener un disgusto gordo.

—Lo dejaré, ¡diantres!, lo dejaré. Pero déjeme usted a mí en paz.

—Devuélvame el gato y enterraremos el asunto Ventorro —dijo Ventosa mirándome torvamente.

Me levanté.

—Amigo Ventosa, salga de mi casa. No le daré el gato ni renunciaré a Ventorro. Si usted se ve retratado en ese infeliz, ponga de su parte para enmendarse.

—Le demandaré.

—Por favor, Ventosa —terció el Encargado.

—Y tú serás mi testigo, tanto en el caso del gato que me regalaste a *mí* —dijo golpeando su pecho—, como en el asunto Ventorro, que es más grave.

Los niños escuchaban boquiabiertos. Uno de ellos, Luisín, el que Jesusa decía que tenía carita de ángel, dejó caer:

—Andaaa... ¿De modo que este señor es el Ventorro?

—No digas disparates —dijo Jesusa atrayendo el niño hacia ella—. Ventorro no existe. No es nadie.

Ventosa se levantó dignamente y el Encargado hizo lo propio.

—Me ha herido usted profundamente, Timoteo. Le retiro mi amistad.

No contesté. Vi desaparecer al Encargado y a Ventosa precedidos por Quiteria, al tanto de la contienda. Tim se acercó en busca de unas migajas. Jesusa se encogió de hombros, con ademán de impotencia. Los chiquillos, tan sólo ellos, encontraron la frase feliz:

—No sé por qué se ha puesto tan furioso —dijo Luisín, el cándido Luisín—. Cuando tú te pones en tus historietas, siempre eres de risa: gordo, feo y patoso. Y no te enfadas contigo.

Cierto. Yo me he metido en muchas de mis historietas y con mi nombre verdadero. Y tomo siempre mi peor lado. Claro, que es distinto; yo me conozco bien. Ventosa no se conoce. Ha debido de ser una sorpresa para él verse, por vez primera, en el espejo de la verdad.

11. Otra vez amigos

Querido Tim, también a ti te afecta el calor. Te encuentro algo pachucho, desgastado y menos saltarín que antes. ¿Por qué no llueve de una santa vez? Sueño con una de esas lluvias tupidas, un gran cortinón de agua que barrería los miasmas de la ciudad y refrescaría tierra, árboles y plantas. Saldré al jardín con mis viejos *shorts* y dejaré que la lluvia me dé en la cabeza, torso, brazos y piernas. Me quedará un buen rato bajo la lluvia, tararearé aquello tan bonito de *I'm singing in the rain*^[1], que a veces todavía nos sirven en la tele, y será cierto lo de que «vuelvo a ser feliz». ¿Acaso hay algo más bueno que la lluvia?

A ti no te gusta, Tim, ya lo sé. Me pregunto si has recibido alguna vez, de verdad, un buen chaparrón sobre tus lomos. No.

¡Qué va! El agua no es para los gatos.

A lo que íbamos. La última visita de Ventosa nos dejó, a Jesusa y a mí, más que amoscados. Esperábamos una nueva citación, una inminente catástrofe. Para evitar complicaciones encontré una honrosa muerte para el Ventorro de mis historietas. Ventorro ve arder una escuela y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanza a las llamas. A puñados salva a todos los niños, pero él perece en el incendio. Entonces los niños le lloran mucho y se arrepienten de haberse reído de él.

Este final, a los niños, a los míos, los que me leen, no les gustó nada. Tuvieron un gran berrinche. Ventorro —según ellos— tenía que seguir vivo para que ellos pudieran divertirse a su costa. A los niños no se les puede dar gato por liebre.

En breve, agosto, mes de vacaciones para Jesusa, que se va con su madre a un pueblecito pesquero del Norte, donde veranea uno de sus muchos hermanos. Agosto es una fiesta para ella. Goza de mayor libertad, puede nadar a su gusto y regresa en septiembre más dorada que nunca.

Tú y yo nos quedaremos en la ciudad, Tim. ¿Dónde mejor que en nuestra casita con jardín? Quiteria también se queda con nosotros; ya no está para sufrir los calores del Sur, y en el pueblo, además, sólo le queda una hermana monja. Confiésalo, Tim, Quiteria vale su peso en oro. Nos resuelve lo engorroso de la vida y, por si fuera poco, nos quiere. Todo lo nuestro significa mucho para ella y nos tiene al corriente de las cosas importantes, las que se relacionan con nosotros.

Faltaban tres días para agosto. Jesusa y yo archivábamos, poníamos al día la correspondencia, planificábamos el trabajo del retomo de vacaciones. Había que dejar mi estudio ordenado y contábamos con el colapso de las vacaciones.

—Tendrías que marcharte, aunque sólo fueran quince días —insistía Jesusa—. Dejas a Tim con Quiteria y te vas a Bretaña, con tu amigo Hervé; le darás un alegrón.

Hervé es mi editor en Francia. Hombre encantador con el que he pasado buenos ratos cuando éramos, los dos, más jóvenes. Ahora ni él ni yo estamos para grandes jaleos.

—¿Para qué ir a Bretaña cuando en mi jardín, al atardecer, se está divinamente?

—Estos días no se está bien en ninguna parte. Supongo que en Bretaña hace más fresco que aquí...

Quiteria cortó nuestra pequeña polémica.

—¿Sabe qué ha ocurrido, señor?

Venía demudada. Inmediatamente pensé en Ventosa. El hombre aquel era para mí un grano en el cogote, y si Quiteria había entrado en mi estudio sin llamar y con cara trágica, era, seguramente, por culpa de él.

—¿Qué le pasa, Quiteria?

—A mí nada. Pero el señor Ventosa ha enviudado.

Jesusa y yo nos miramos. Bueno. Tampoco era un drama. Hacía años y años que la mujer de Ventosa no vivía con él.

—Lo siento —dije por decir lo normal en estas ocasiones—. Pero no creo que esto cambie nada. En la práctica hace años que Ventosa era viudo.

—No lo crea. Parece que el hombre aún guardaba esperanzas de reconciliación. Le escribía semanalmente, aunque ella jamás contestó a una sola de sus cartas.

—¿Y cómo se ha enterado Ventosa de esa muerte?

—Le han llamado por teléfono los hijos. Tenían que hacerlo, ¿no?

—Claro, claro. Es lo que se hace en estos casos.

—Me he hecho amiga de la cocinera del señor Ventosa, ¿sabe usted? Pensé que nada se perdía con estar al corriente de las intenciones de ese señor, que ya le metió en un buen lío con lo del gato. Ahora, con lo del Ventorro...

Jesusa se tapó la boca para sofocar una carcajada.

—Perdón —dijo—. ¡Pobre hombre!

—Dice la cocinera que está desconsolado. Es posible que olvide lo del Ventorro a causa de su mujer. No está para pleitos. No está para nada. Se pasa el día llorando.

—¡Pobre hombre! —repetí yo—. Es horrible. —Y después de meditar unos segundos dije a Jesusa:

—Supongo que tendré que ir a darle el pésame. En un caso así...

—¡Ay, Timoteo!

—¿Qué?

—Piensa en la cola que puede traer tu visita. Se agarrará a ella como un clavo ardiendo. Yo lo veo aquí, cada tarde, bajo las glicinas. Vas a convertirte en su íntimo.

No, eso de ninguna manera. Una visita, bueno; pero Ventosa para toda la vida, ni hablar.

—Mujer, no creo que esta muerte cambie nada. Pero me siento obligado a ir.

—Quizá no quiera recibirte.

—Yo habré cumplido.

Y fui, Tim, fui a dar el pésame a tu examo. Me puse para la ocasión mi mejor traje veraniego, camisa y corbata, calcetines y zapatos; todo como para sudar a gusto. Llamé a la puerta de la casa y me abrió el criado.

—¿A quién anuncio? —preguntó.

—A Timoteo.

—Su apellido, señor.

—Con mi nombre basta. Somos vecinos.

—Lo sé. Aguarde un momento. No sé si el señor Ventosa podrá recibirle.

Tardó unos minutos en volver, aprovechados seguramente por Ventosa para acicalarse. Al fin, el criado me acompañó hasta la puerta del despacho y allí me cedió el paso. Ventosa, de luto riguroso, sentado tras una gran mesa, se levantó de su asiento. Vino a mí con los brazos abiertos y me abrazó calurosamente, sollozando contra mi cuello.

—Valor, Ventosa, valor —dije cortado.

Ver aquel cacho de hombre llorar como un chiquillo me afectó lo que no pude siquiera imaginar. Se me saltaron las lágrimas, movimiento reflejo, creo, ya que ni por un momento pensé hacer comedia. Ventosa me dio otro apretujón. Allí los dos, abrazados como hermanos, como amigos del alma, debíamos de ofrecer un curioso espectáculo. Ventosa se sentó en uno de los dos sillones que se encontraban delante de la mesa y me ofreció el otro.

¡Cuánto me acordé de ti, mi querido Tim! Tuve que escuchar el más largo «descanse en paz» que he escuchado en mi vida. Derroché paciencia. Me dije, mientras duraron las interminables alabanzas dirigidas a su difunta esposa, que alguien, algún conocido, vecino o amigo, vendría a relevarme, a darle el pésame. Nadie vino a echarme un cable. Durante tres horas interminables, nadie nos interrumpió. El cuello de la camisa me ahogaba. La corbata pendía lacia sobre mi pechera y el sudor se escurría lomos abajo. «Me va a dar un ataque», pensé, pero supe resistir. Salí de allí delirando por una ducha, una cerveza fría, un rato de silencio. Una sola cosa positiva saqué en conclusión: Ventosa no era rencoroso. Con tal de tener un oyente era capaz de abrazar a su peor enemigo. Ventosa, ahora, ni siquiera tendría el recurso de escribir a la fugitiva.

Al llegar a casa me desnudé a zarpazos; las ropas, pegadas a mi cuerpo, no querían desprenderse de él. Me metí bajo la ducha y allí estuve hasta que mi sangre dejó de hervir. Luego, envuelto de cintura para abajo en la toalla húmeda, busqué en la nevera una cerveza.

—¿Por qué no me la pide, señor? —dijo Quiteria extrañada de mi atuendo y de mis prisas.

Bebí allí mismo, a morro, frente a la nevera con la puerta abierta para recibir el frescor bendito. Cuando hube terminado, presentí que Quiteria iba a interrogarme.

—Chhhst —dije—. No me hable, Quiteria; por favor, déjeme solo. He de reponerme. No estoy para nadie, ¿entiende?

Y me fui a mis glicinas, Tim, y tú viniste a mí, pero no trepaste a mis muslos. Te quedaste muy cerca, eso sí. En silencio. Mirándome. ¡Qué gran sabiduría la tuya!

Al día siguiente, cuando le conté, en resumen, lo ocurrido, Jesusa tuvo una de esas intuiciones típicamente femeninas, casi siempre geniales.

—Éste se nos casa en tres meses —dijo.

—Pero si está de un viudo inconsolable.

—Los que más jaleo arman son los que más rápidamente se casan.

De nuevo Jesusa parecía leer el futuro. Y el pasado, ¡diantres! Porque cuando yo enviudé no pude verter una lágrima. Quedé insensibilizado, muerto; parte de mí mismo murió con mi único amor. No podía aceptar la idea de que Cristina me hubiera dejado solo, llevándose con ella la esperanza de nuestro hijo. Las lágrimas corrían por dentro, hiel pura que nada ni nadie ha podido endulzar. Sólo el tiempo y el trabajo han suavizado mi dolor. Mi jardín, los niños, Jesusa, Tim y, ¿por qué no?, también Quiteria, que vela por todos nosotros, humildemente, sin aspavientos, pero comprendiendo sin grandes palabras. El tiempo, y la convicción, cada día más firme, de que un día no lejano recuperaré a Cris y volveremos a encontrarnos, esta vez para siempre, Cris, mi hijo y yo, con todos los que hemos querido. Esta dulce esperanza me llena de consuelo.

—El dolor es algo muy raro —confesé a Jesusa—. La muerte de mi esposa fue algo así como un mazazo. Me dejó alelado, insensible. Después de aquello, nada puede dolerme.

—¿Nunca deseaste rehacer tu vida?

—No, Susa.

Se acercó a mí y me besó la mejilla.

—Debe de ser muy hermoso, Timoteo, querer tanto.

Asentí con la cabeza. Tenía ganas de llorar, en aquel momento, mis cuarenta y cinco años de soledad.

12. El principio del fin

Estábamos a treinta y uno de julio; al día siguiente se marchaba Jesusa. Decidimos no hacer nada, sólo charlar un poco al tímido frescor de la tarde.

—¿Por qué no salimos a cenar, Jesusa?

—A mi madre no le gusta cenar sola.

—Por un día...

Hizo un gesto de impotencia.

—Pues haremos aquí, en el jardín, una merienda cena. Eso no te retrasará.

A dos pasos de casa tenemos un establecimiento donde hay platos cocinados de gran calidad. Hice una lista con lo que nos apetecía y Quiteria fue a buscarlo. Luego nos puso un mantel en la mesa del jardín, sacó de la nevera un vino del Rin, seco y ligeramente acidulado, y nos preparamos a saborear aquellas exquisiteces: salmón ahumado, rosbif en su punto, helado de frambuesas. Habíamos dado cuenta del salmón cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién puede ser? —pregunté a Jesusa paladeando el vino—. No espero a nadie.

Quiteria nos sacó de dudas.

—El señor Ventosa. Dice que sólo quiere saludarle un momento.

Murmuré algo muy feo por lo bajo, para que Ventosa no pudiera oírme, y Tim se escondió bajo la menta.

Se presentó el hombre, negro como una cucaracha y con expresión compungida.

—No se levanten, por favor. Sólo quería agradecerle la visita de pésame. Fue para mí un gran desahogo sincerarme con usted, Timoteo.

No me quedó más remedio que invitarle a cenar. Había de sobras, pero aquella cena que tanto a Jesusa como a mí se nos hacía deliciosa por lo imprevista, se convirtió en cenizas a partir del momento en que Ventosa asomó su rostro color de salmonete.

—No quisiera ser inoportuno. Cenen, cenen tranquilamente. Yo, la verdad, sólo he venido para agradecer todo lo que ha hecho por mí y también, ¿por qué no confesarlo?, para encontrar un poco de compañía. Ahora que estoy definitivamente solo, me doy cuenta de lo que significa una presencia femenina. ¡Pobre Elisa!

—Vamos —dijo Jesusa con bastante mal humor—. Es triste, pero hay que vivir. Siéntese, Ventosa —y a Quiteria—: traiga platos y cubiertos para el señor Ventosa. Cenará con nosotros.

Y sí, sí, se sentó y cenó con un apetito envidiable. Lo encontró todo riquísimo, salvo el vino.

—Yo lo prefiero dulce —dijo.

—Pues no puedo ofrecerle vino dulce. Si quiere cerveza...

—Prefiero agua, por favor.

La sobremesa amenazaba con ser interminable. Vi que Jesusa fruncía el entrecejo.

—He de irme —murmuró—. Mi madre empieza a inquietarse si a las nueve no estoy en casa.

Ventosa hizo un elogio de las madres. La suya había sido una santa. De todos modos, también él pareció haber encontrado un pretexto.

—Tengo el coche a la puerta de casa. Yo te acompañaré, Jesusa.

—Gracias, Ventosa. Tengo el mío. Y he de poner gasolina, pues mañana marchamos a primera hora.

Jesusa se levantó. Nos levantamos todos.

Tim asomó su cabecita entre la menta. Le dolía no poder despedirse de Jesusa. Y me sentí enfurecido por dentro. Aquella cena que prometía ser tan cordial se había escacharrado por culpa de mi vecino. Jesusa se despidió de él con un seco apretón de manos, de mí lo hizo en la acera, frente a la casa, donde había aparcado, con un beso afectuoso.

—Adiós, Susa.

Todavía agitó la mano mientras ponía en marcha el coche. Volví al jardín, donde me aguardaba Ventosa. En aquel momento sentí deseos de abofetearle. Fias, fias, darle un par de tortas bien dadas, por pelmazo.

—Es encantadora —dijo refiriéndose a Jesusa.

No le contesté, pero cuando hizo ademán de instalarse de nuevo a la mesa que Quiteria ya había despejado, le dije con firmeza:

—Lamento no poder gozar por más tiempo de su compañía. Me espera un amigo y antes quisiera cambiarme.

—Faltaría más. Me voy, me voy. Por nada del mundo quisiera ser indiscreto.

Un mes, Tim. Todo un mes sin Jesusa. Hay que ver el sitio que ocupan ciertas personas. Se van y queda un hueco enorme. Treinta y un días. Treinta y un siglos. ¿Y si me fuese con Hervé?

Decidí telefonearle. Se lo dije a Tim, a ver qué le parecía.

—Podría llevarte conmigo, Tim, pero Hervé tiene dos perros enormes.

La perspectiva no debió de entusiasmar a Tim, ya que me contestó con un triste maullido.

—¿Qué te ocurre, minino? Si no quieres... Quiteria me traía el periódico de la tarde.

—Con lo de la cena se ha olvidado de leer el periódico —me recordó.

—Gracias, Quiteria.

Me miró comprensiva.

—La nieta favorita se ha ido y ya se le ha puesto a usted cara de mochuelo.

—Sí, Quiteria. Si usted se marchara tendría la misma cara.

—Quería decirle que el gato está algo descompuesto, señor. Será el calor, supongo.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Le he hecho unas sopas de arroz.

—Mañana lo llevaré al veterinario; no vaya a cerrar por vacaciones. ¡Demonios! —exclamé asustado—. A lo mejor ya se ha ido. Voy a telefonear.

Se iba al día siguiente. Me dijo que me recibiría a las ocho de la mañana porque se trataba de mí.

—Mañana iremos al médico, Tim. Este calor nos está matando a todos. Pero ya verás, ya. Te dejará como nuevo.

—Tim subió a mis rodillas. Le acaricié el lomo y la tripita. Le rasqué la cabeza. Le di un beso.

—Tim —le dije—. No te pongas malo. No lo soportaría.

Aquella noche creí que el cielo se nos venía abajo. Por fin, la tormenta. Un continuo relampagueo y el restallido bronco de los truenos. Primero, un granizo seco que llenó el jardín de pedruscos del tamaño de un huevo de paloma, y por último la lluvia y el viento. Quiteria, en camión, aseguró

puertas y ventanas. Tim se vino a dormir conmigo. Le puse una toalla al pie de la cama y él se arrimó a mis pantorrillas. Por fortuna, aquella tromba de agua refrescó la atmósfera. ¿Y Jesusa? ¿Podría enfilarse la carretera a las ocho como era su intención? Eran ya las dos de la madrugada y aquello parecía no querer terminar nunca. Yo me había prometido dejarme mojar de pies a cabeza a la primera gota de agua, pero malditas ganas tenía de que me partiera un rayo.

—Tim, ¡qué barbaridad! ¡Pobres plantas!

—Miau.

Un triste maullido.

Tim. Te pondrás bueno, hombre. Eso le ocurre a cualquiera.

A las siete aún diluviaba. Me puse la gabardina, metí a Tim en el morral y me costó encontrar un taxi. Al fin lo conseguí y llegué a casa del veterinario poco antes de las ocho. Me recibió en seguida.

—¿Ha visto qué tiempo? Cualquiera se pone en ruta. Esperaré que amaine un poco.

Mientras tanto cogió a Tim y lo echó en una suerte de camilla. Le palpó el vientre y lo encontró inflamado. Luego, le miró la boca; le faltaban algunos dientes.

—Este gato es muy viejo —dijo—. ¿Cuántos años hace que lo tiene?

—Cinco y pico, pero era ya adulto cuando nos encontramos.

—Y tan adulto. Tiene por lo menos catorce años.

—Pues hasta ahora ha tenido una salud espléndida.

—Ya, ya. Los animales gozan de una vejez mucho más digna que la del hombre. Sin embargo...

—¿Qué?

—Espero que las molestias actuales se superen fácilmente. Si esto se volviera crónico, tráigamelo de nuevo. Un pequeño pinchazo. Es triste, pero no sufren, se lo aseguro.

Debió de ver mi cara de pocos amigos.

—¡Qué se le va a hacer! —prosiguió—. Se trata de un gato.

Cogí a Tim rápidamente y lo metí de nuevo en el morral. Me dio un sofoco. Con qué naturalidad pretendía que me deshiciera de Tim. ¡Mi pobre Tim!

—Para su gobierno —añadió al verme tan alterado—, le diré que su gato, actualmente, si fuera hombre, tendría noventa años. Es una hermosa edad.

—Mi abuelo murió a los noventa y ocho de una indigestión de higos. Y su cabeza rigió hasta el final, que fue muy breve. Tim todavía tiene un porvenir.

El hombre parecía desconcertado.

—Así lo deseo —murmuró al ver que me había herido.

Salí de allí con el propósito de comprar los medicamentos en la farmacia del barrio. «Cerrado por vacaciones», decía un letrero muy visible. No era la única farmacia que cerraba en agosto. Por fortuna tenemos varias en el vecindario. Compré los medicamentos y leí los prospectos. Siempre lo hago.

Y después de haberle dado la primera toma se me ocurrió llamar a Jesusa. Confiaba en encontrarla todavía, pero no fue así.

—¡Qué locura! —exclamé—. Con este tiempo de perros... No estaré tranquilo hasta que me llame.

Jesusa conduce muy bien, pero aun así me tuvo en vilo horas y horas. Tiene un Panda rojo que se compró en las últimas Navidades, y es muy responsable. Sin embargo, hay que contar con los demás: el que quiere lucirse en la carretera, el distraído, el que lleva unas copas de más, el que se duerme al volante. Ya no llovía, pero el cielo seguía amenazador. Leí los pronósticos del tiempo en el periódico: llovía en toda la península y más en el Norte, como siempre. Estuve pendiente de Tim, de sus sopas de arroz, de los medicamentos, de sus deposiciones. Malo, malo. Claro, que en un día no cabía esperar grandes mejoras.

—Yo lo veo más animado —decía Quiteria para levantar mi moral—. Ya tiene otro color.

—Pero, mujer, ¿qué color quiere que tenga un gato pelirrojo?

—No me refiero al color de su pelambre, sino al color de... bueno, ya sabe.

—Y sólo me faltaba Jesusa. Como si fuera obligación partir el primero de agosto. Mañana, a lo mejor, hace un día estupendo.

—No se preocupe por Jesusa. Conduce mejor que muchos hombres.

—Ya lo sé, Quiteria, pero ¿por qué no me llama?

—Porque de aquí hasta allá hay un trecho. Acuértese que el año pasado estuvo doce horas.

Al fin, hacia las seis de la tarde, sonó el teléfono. Era ella.

—¿Ya has llegado? —pregunté dispuesto a darle un buen rapapolvos.

—No. Pienso llegar a las diez de la noche. Te telefono para que estés tranquilo. Yo estoy bien; mi madre, algo fastidiada. ¿Y Tim?

Le conté lo de Tim.

—Mi madre está igual.

—¡Vaya por Dios!

—He comprado algo en la farmacia y parece que va mejor.

—Por el momento Tim no mejora. Claro, que Tim es muy viejo. Según el veterinario tiene noventa años.

—¿Noventa años?

—Catorce, que equivalen a los noventa humanos.

—Dale un beso de mi parte.

—¿Llueve por allí?

—No. Se ha serenado un poco. Bueno, te llamaré otra vez, en cuanto llegue a casa de mi hermano.

—Por favor, Susa no abandones a tu pobre yayo.

—Te envió un beso.

Sonó un pequeño chasquido y yo respondí con otro. Al oír el beso, Quiteria, que entró en mi estudio para decirme que Tim había comido a gusto las sopas, movió la cabeza y sonrió.

—Vaya viejo chocho que tenemos en casa.

No lo dijo con mala intención. También ella quiere a Jesusa.

Entre la llamada de Jesusa, cuatro horas más tarde, y la mejora de Tim al anochecer, me fui a la cama tranquilo.

Tim se echó a mi lado, sobre la toalla. Allí, seguramente, se sentía protegido.

13. Pasa un día y otro día

Respondiste al tratamiento, Tim, y Quiteria me dijo muy satisfecha:

—Le he añadido un poco de tomillo y de menta a las sopas de arroz. Mano de santo.

—También lo estamos medicando, Quiteria.

—¡Bah!, esos potingues no valen nada. El tomillo *desinfesta* y la menta anima.

—Pues siga usted con el tomillo y la menta y yo continuaré con lo que recetó el veterinario. La cuestión es que Tim se ponga bueno.

Y así fue, Tim. A los cuatro días eras otro hombre, aunque no el Tim de antes. Ya no podías trepar al castaño. El día que vino a verme, de nuevo, tu examo, te escondiste bajo la mata de menta. Te envidié. ¡Ojalá pudiera esconderme bajo una mata cualquiera!

—Buenas tardes —dijo Ventosa sentándose en la silla de Jesusa.

—Buenas tardes.

—¿Se va usted de vacaciones, Timoteo?

—Seguramente —mentí.

—Yo estoy indeciso. ¿Adónde va un hombre solo?

—A mí me ha invitado un amigo.

—Es usted afortunado.

—No me diga que no tiene donde ir. Le brindan una ocasión en bandeja.

De pronto, sin el menor esfuerzo, tuve una idea genial. ¡Qué pozo de malicia es el ser humano! Ventosa pareció muy sorprendido.

—Ya me dirá.

—A Venezuela, hombre. A reconciliarse con sus hijos. No se extrañarán al verle. Es lo propio, en estos casos, que padres e hijos se unan en el dolor.

Resplandecieron los ojos, de por sí brillantes, de Ventosa.

—¿De veras cree que sería oportuno tan largo viaje?

—Más que oportuno, me parece ineludible. Le diré: sus hijos podrían ofenderse si usted no tratase de acercarse a ellos en estos momentos.

—¡Ah, caramba! No había caído en la cuenta.

—Pues no lo piense ni un segundo más. Saca el billete mañana mismo y se presenta allí sin avisar. Será una agradable sorpresa para ellos.

—Es usted un hombre muy inteligente, Timoteo. Profundamente humano. Mañana mismo iré por el billete. Mi pasaporte está en regla; tendré que comprar unos dólares. Allí hace mucho calor, ¿no es eso?

—En estas fechas, no más que aquí. Y de todos modos es un gran cambio de aires. Y ¿quién sabe?

—Quién sabe ¿qué?

—Un viaje es siempre una aventura. No hay nada peor que la rutina.

—A usted la rutina no parece afectarle.

—Dese cuenta, Ventosa, de mi edad. Usted está en la flor de la vida. Yo soy un anciano.

Forcejamos un poco. Ventosa sacó a relucir unos cuantos tópicos sobre la edad cronológica y la del espíritu. Yo no era viejo sino mayor. Yo pertenecía a la tercera edad y...

—Detesto ese término, Ventosa. Soy viejo y no me importa, porque he sido joven y he tenido todo lo que un joven haya podido tener. Eso de tercera edad me suena a tercera división, tercera categoría, vagón de tercera. Es de risa.

—Bueno, dejémoslo. Oiga, Timoteo, ¿no cree que podríamos tutearnos? Parecíamos dos novios de antes, de mucho antes de la guerra.

—Podríamos —dije.

—Pues ya está. Mañana mismo iré al Banco y por el billete. Has tenido una gran idea.

No le desmentí. Yo mismo me sentía orgulloso de la ocurrencia. Lástima que los hijos y la mujer no hubieran emigrado a Australia; cuanto más lejos, mejor. En todo caso, me había asegurado unas semanas de paz, a no ser que el muy cabrito hiciera un viaje relámpago. Se fue de casa relativamente pronto. Nada le ofrecí, ni siquiera un vaso de agua.

—Antes de partir vendré a despedirme —me aseguró.

Se fue y me pareció que el calor, aquel calor que ni siquiera la tormenta había calmado, cedía un tanto. Tim y yo nos quedamos tranquilos. Sin embargo, Tim no era el mismo. Me di cuenta de que ya no se subía al castaño ni

siquiera para divertirse. Permanecía al pie del tronco suspirando por las ramas. Intentaba encaramarse, pero ya no tenía fuerzas.

—Tráigame la escalera, Quiteria. Este gato ya no puede trepar.

Por éstas y otras cosas supe que eras un ancianito, Tim. Yo subía unos peldaños y te dejaba aposentado entre una de las ramas bajas y el tronco. Desde allí oías el piar de los pájaros que ya no te huían. Revoloteaban a tu alrededor, dando saltitos en tu misma rama, y tú no hacías más que mirar y mirar. Cuando tenías bastante, con unos maullidos, pedías que te bajara. Así un día y otro; larguísimos días. Me entretuve escribiendo tu decadencia y seguí paso a paso tu vejez.

Fue un triste agosto, Tim, pero sobrevivimos. Las llamadas semanales de Jesusa lo acortaron un poco. Vi alguna reposición interesante en el cine del barrio, que era una nevera. Tenía que llevar una chaqueta de punto para no congelarme. Luego, a la salida, una bofetada de calor me devolvía a mis sudores. También vi en la tele alguna película del Oeste o policíaca; siempre me han divertido. Ya faltaban pocos días para septiembre.

Septiembre. ¿Por qué me gusta tanto septiembre? No sabría decírtelo, Tim. Quizá porque representa el final del verano —esos meses brutales de julio y agosto— y el principio del otoño, estación civilizada de tonalidades cobrizas, hermosas puestas de sol, de suaves brisas y de retornos. La espera se nos hizo muy larga, Tim, pero contábamos los días que faltaban para el regreso de Jesusa, y ese tiempo de espera era recuperarla un poco. Tus pelos ya no parecían tan mustios, los míos habían crecido un poco. Mi barba ya cubría los indecentes papos, el calor me había hecho perder unos kilos y aproveché las últimas rebajas para comprarme unos polos muy juveniles y unos mocasines muy cómodos. Compré también algunas cosas para Jesusa. Me dejaba aconsejar por las vendedoras.

—¿Cómo es su nieta?

—Como tú, pero un poco más alta.

—¿Más gruesa que yo?

—No, no. Es muy delgada.

—Debe de tener una figura estupenda.

—Aunque me esté mal el decirlo, es preciosa.

—Hay chicas con suerte —afirmaba la vendedora—. Por regla general, los abuelos no se ocupan en estas cosas.

—Hacen mal. Da mucho gusto regalar.

Curioso, Tim. No echo de menos nietos varones, pero tener una nieta, una nieta que viniera por aquí, me saqueara la nevera, fuera feliz con el jersey, la falda, los pantalones, el chaquetón que le hubiese comprado..., tener una nieta como Susa me volvería loco. Jesusa no tiene abuelos ni abuelas. Un día le pregunté: «¿Querías mucho a tus abuelos y abuelas?», y puso una cara como diciendo: «Te diré». Luego, afirmó: «Quise mucho a mi padre...». Y dejó la frase en el aire, para añadir luego: «También quiero a mi madre, lo que ocurre es que se me ha vuelto vieja de repente. No es la misma».

Bueno, Tim, alegre esa cara, hombre. Mañana llega Susa. Vendrá morena por el sol de allá, dorada de pies a cabeza, saludable y con ganas de trabajar. Entrará a saco en mi estudio, verá todo patas arriba y me dirá que soy un viejo inútil. Nos traerá regalos y Quiteria pondrá la cara de los días de fiesta. ¡Anímate, Tim! Estoy seguro de que la juventud de Jesusa nos hará bien a todos. Ya te veo otra vez en el árbol. Es cuestión de decidirse. Deja que te cepille un poco. De buena gana te bañaría, pero no me atrevo. Y además, veo con agrado que has reanudado con muchos bríos tus sesiones de aseo. Mañana es primero de septiembre, Tim. Incluso lo malo se acaba.

Jesusa me telefoneó al mediodía del treinta y uno de agosto. Iba a ponerse en ruta inmediatamente y hacer el viaje en dos etapas; dormirían en Zaragoza, madrugarían y llegarían aquí a la hora del almuerzo.

—Mi madre ya no soporta el viaje de una tirada. Ha dado un bajón muy grande.

—Tim ya no puede subir al castaño —le contesté—. Los años pesan.

Confieso que no pienso en los míos. Cuando se habla de edad me siento ajeno al tema. Estoy convencido de que el haberme impuesto la obligación de divertir a los niños hasta que el cuerpo aguante, rejuvenece. Cuando hablo de vejez es siempre la vejez de otros. Y, sin embargo, soy consciente de que empiezo a arrastrar los pies.

—Tengo ganas de empezar el trabajo, Timoteo —añadió Jesusa antes de colgar.

—Y yo. Casi no he dado golpe. Pero he esbozado unas cuantas ideas, no creas.

—¿Y Ventorro?

—Lo largué a Venezuela —dije riendo. Y le expliqué muy por encima el asunto.

—¡Qué jugada!

—Vete a saber. A lo mejor encuentra allí una guapa jovencita y nos viene consolado del todo.

Nos reímos un poco.

—Sé prudente, Jesusa. Hasta mañana. Que tengas buen viaje.

Pasaste parte de la tarde haciéndote las uñas en el tronco del castaño. En los días de enfermedad y convalecencia te habían crecido mucho y eso debía de molestarte. Por otro lado, cualquiera se atreve a cortar las uñas a un gato; yo no, por supuesto. Ni siquiera soy capaz de cortarme las mías; me refiero a las de los pies. Hasta hace poco tiempo me vanagloriaba de hacerlo tan perfectamente como una pedicura, pero un buen día, no hace mucho, me resultó imposible. Después de darme un baño y envuelto en la toalla, me senté en el taburete con las tenacillas en la mano. Pues bien, me hice tal lío con la rodilla, el talón y la toalla que no podía desenredarme. Por fortuna había dejado abierta la puerta del baño y fui sorprendido por Quiteria que me pegó un grito:

—¿Qué hace usted, desgraciado, tan retorcido?

—Estoy tratando de cortarme las uñas de los pies. Lo he hecho toda mi vida.

—Pues va a quedarse sin dedos. Deje, deje, yo se las corto.

—Iré al callista, mujer. Esto no entra en sus obligaciones.

—Qué obligaciones ni qué niño muerto. Deme esas tenacillas.

Se las di. Ella fue a buscar una silla y ordenó:

—Siéntese en la silla. Usted ya no está para taburetes.

Cogió ella el taburete y siguió diciendo:

—Ponga el pie en mi falda. Así. Voy a dejarle los pies como nuevos. ¡Jolines!, no tiene ni un mal callo.

Es cierto. No tengo ni un mal callo, que dice Quiteria, y sin embargo, en invierno, me duelen mucho los pies.

—Pues en invierno me duele mucho la planta de los pies.

—Eso es reuma.

Primero un pie y luego el otro. Me relajó muchísimo. Me hubiera gustado tener diez pies para que el placer fuera más largo.

—Oiga —le pregunté—. ¿Dónde ha aprendido el oficio? Lo hace divinamente.

—De pequeña cortaba las uñas de las manos y de los pies de los viejos de la casa. En los pueblos no hay callistas ni cosas de éstas, y no es cuestión de que los viejos anden a saltos por llevar las uñas demasiado largas. Mi hermana la monja nunca sirvió para estas cosas. A ella se le daban mejor los rezos y los bordados.

—Quiteria, usted borda lo de las uñas. Cada quince días me hará el favor de arreglármelas, pero con una condición.

—¿Qué condición es ésta? —preguntó recelosa.

—Le pagaré, y con mucho gusto.

—Entonces no se las haré nunca más.

Al ver a Tim en el tronco del castaño, pensé que también yo acortaría la tarde si Quiteria me hiciera las uñas. Me di un buen baño para ablandarlas y luego le pedí:

—¿Le vendría bien cortarme las uñas, Quiteria?

—No toca.

—Con el calor crecen más aprisa; igual que el pelo.

—En eso usted lleva razón.

Y cuando tuvo mi pie en su falda, comentó de nuevo que tenía los pies tan finos como los de un recién nacido.

—Ya, ya, pero en invierno me duelen.

—Y dale con el dolor. ¿No le dije que era reúma?

—Sí, pero el saberlo no me alivia nada.

14. El retorno

Jesusa en casa, ¡gracias a Dios! Me saltó al cuello, la aparté un poco para verla mejor y le dije:

—Estás preciosa.

—También tú estás bien. Te encuentro más delgado.

—Aquí hemos sudado el quilo. Mira, mira.

Y le enseñé los dos agujeros sobrantes del cinturón, mientras Tim, frotándose contra sus piernas, pedía una caricia. Jesusa lo levantó del suelo y juntó su mejilla a la del gato.

—Tim, amorcito, te he echado de menos.

—Miau.

—Si está la mar de guapo. ¿Quizá algo más delgado?

—Tú dirás. Perdió el pelo a puñados. Ahora le está creciendo.

Nos sentamos. Quiteria, que había abierto la puerta a Jesusa, vino con vasos y limonada.

—¿Has visto qué desgracia de glicina? —dijo a Jesusa, señalando el cobertizo.

Ya casi no quedaban flores, y las pocas que habían resistido pendían lacias y paliduchas.

—Rebrotarán. La glicina es muy resistente y da flores casi todo el año.

—Hasta han perdido el perfume —insistió Quiteria, que sentía preferencia por el arbusto.

Entonces hicimos el intercambio de regalos. Todo era bonito. Todos estábamos contentos. Tim parecía disfrutar del buen humor general, pegó una carrerilla y de veras creí que volvía a trepar al castaño. Pero se quedó a medio tronco, igual que una lapa. Luego, se dejó resbalar hasta el pie del árbol, como avergonzado.

Miré a Jesusa, en cuyos ojos descubrí una gran tristeza.

—Es un ancianito —dije para quitar importancia al asunto.

—Pienso en mi madre —contestó Jesusa—. Ella no pretende trepar a ningún árbol, pero ya no puede con su alma. De la cama al sillón, del sillón a la mesa, de la mesa al sillón y de allí a la cama. ¡Qué complicado es todo! He tenido que traerme una chica del Norte. Con la asistenta no es suficiente. Los viejos no pueden quedarse solos.

—Tu madre no es tan vieja. Tenemos casi la misma edad.

—Pero tú estás bien y ella está mal. Ésa es la diferencia.

Y tú, Tim, aunque seas mucho más viejo todavía, no das la guerra que da el ser humano. Eres pequeñito. Se te puede llevar en brazos, te dejas manejar, no te quejas; si sufres no lo dices, no hay ni un reproche en tus labios. Eres más digno que un hombre, mi querido Tim. Salvo no poder trepar al castaño ni querer dormir solo, poco has cambiado. Lo del castaño era un capricho; también se puede vivir sin hacer equilibrios. Lo de venirte por la noche conmigo, lo comprendo. No quieres estar solo. Quizá, llegado el momento, necesitarás mi mano, mi voz, mi presencia. Te comprendo, Tim. Eres discreto y no estorbas. Los hombres, a veces sin querer, estorbamos mucho.

¡Ah, caramba! La ventana se había abierto. La ventana famosa. Y esto al día siguiente dé la llegada de Jesusa. Quise tranquilizarme y dije a Quiteria:

—Seguramente el señor Ventosa está al llegar, porque veo que están ventilando la casa.

—El señor Ventosa ha llegado. Esta mañana me he encontrado a la cocinera en el Supermercado y me lo ha dicho.

No quise preguntar más, pero tuve la certeza de que la paz se había terminado. Ventosa se dejaría caer por mis dominios y me contaría su viaje con pelos y señales; fauna y flora de Venezuela, amén de su régimen político. Me hablaría, quizá, de sus hijos, de lo acertado o desacertado de mi idea de enviarle allá, tan lejos. En fin, que del chaparrón de novedades no me libraría nadie.

Por fortuna, Jesusa y yo teníamos quehacer. Los editores habían despertado de su letargo: pedían, exigían, ofrecían. El año se anunciaba bueno y era muy estimulante. Esto, unido a cierto delicioso frescor y al hecho de encontrarnos en septiembre, hizo que encajara el regreso de Ventosa con paciencia. De todos modos tomé mis precauciones. Advertí a Quiteria:

—Si viene el señor Ventosa, mientras Jesusa y yo trabajamos, haga el favor de decirle que no puedo recibirle.

—No sea usted cándido, señor. ¿Cree que va a hacerme caso? Me apartará con una de sus manazas y dirá: «Sólo es un momento».

—Pues hágase fuerte, Quiteria. Ciérrele el paso. Está en su derecho.

Estábamos en mi estudio, Jesusa y yo, despachando la correspondencia, cuando oímos el timbre de la puerta y, acto seguido, la voz de Quiteria, un tanto chillona.

—Vuelva otro día, señor Ventosa. Hoy no puede recibirle.

¡Que si quieres...! Ventosa apareció en el vano de la puerta. Ya no iba de luto riguroso, sino de medio luto: corbata negra y un traje fresco, gris claro.

—Dichosos los ojos —dijo abriendo sus brazos como para un achuchón.

Yo le tendí la mano y lo mismo hizo Jesusa. Los dos permanecemos en nuestros asientos, pero Ventosa pasó por alto el detalle.

—Es sólo un segundo —dijo—. Creí que te gustaría saber cómo me ha ido por allá.

—En otro momento, Ventosa. Hoy vamos muy apretados de tiempo.

—Pues resumiendo: mi visita no ha tenido el resultado que esperábamos. Mis hijos han estado muy fríos. Helados, diría.

—Hablaemos de eso en otra ocasión, si no te importa.

Eché una larga mirada a Jesusa.

—El verano te ha sentado bien. Estás más mona que nunca.

Mona, mona... ¡Qué cursi es el tío! Las monas son bastante feas.

—Gracias —dijo Jesusa sin dejar de teclear.

—Veo que tenéis mucho trabajo. Dejaré pasar unos días. No te molestes —dijo, viendo que me levantaba para acompañarle a la puerta—. Conozco el camino.

Y se fue, acompañado por la voz llena de reproches de Quiteria:

—Ya le dije que tenían mucho trabajo...

Ventosa, con la misma pomposidad del general que ha perdido una batalla, pero piensa ganar la guerra, contestó escuetamente:

—Volveré.

Trabajamos muy a gusto. Cuando vi el montón de sobres franqueados que se llevaba Jesusa para echarlos al buzón de la esquina, lancé un suspiro de alivio.

—Vamos al jardín —le dije—. Nos merecemos algo fresco.

—Tengo que dejarte, Timoteo. Mi madre no se acostumbra a la nueva sirvienta.

—¿Está mejor?

—Indudablemente, en casa es donde está mejor. Todo cambio la trastorna, pero creo que es bueno para ella cambiar de aires.

Lo dijo como sintiéndose culpable de aquel mes pasado fuera de casa.

—Claro que sí. Pasará un buen invierno, no lo dudes.

Se fue. Yo me quedé en el jardín en compañía de Tim, que trepó a mis rodillas en cuanto me vio solo.

—Tim —le dije—. ¡Qué asco de vida! ¿Te parece justo que todo el horizonte de Susa seamos su madre y yo? Dos viejos para una mujer que aún no ha cumplido los treinta años...

Tim me miró dolorosamente. Ahondé en sus ojos azules y pude leer:

«¿Qué sabes tú de ciertas cosas? Si alguien depende de ti y le estás proporcionando toda la felicidad que está en tus manos, ya es una recompensa. ¿No haces por mí lo que otros no harían? ¿No lo haces a gusto? Date cuenta de que no soy más que un gato. El día que yo represente para ti un problema demasiado grande, no tienes más que llevarme al veterinario, darme la mano y dejar que me pinchen. Lo comprenderé, Timoteo. Pero la madre de Jesusa no es un gato. Hay una enorme diferencia entre un gato y una persona».

Acaricié el lomo de Tim.

—Soy un viejo egoísta, Tim. Es verdad. Jesusa hace lo que hace por algo que va mucho más lejos del simple deber; es generosa. Pero me da rabia. Me siento viejo, tonto e impotente para remediar una situación como ésta. Si tuviese cuarenta años menos pediría a Jesusa que se casara conmigo y seríamos dos a cuidar de su madre.

Tim me contestó:

«Y te crees un héroe por tener semejantes pensamientos. Si tuvieras cuarenta años menos, a saber la de burradas que harías».

—Tienes razón. ¿A santo de qué, aun con cuarenta años menos, iba Susa a quererme?

Quiteria interrumpió mi diálogo con Tim para decirme:

—Jesusa al teléfono, señor.

Es rarísimo que, una vez fuera de casa, Jesusa me llame. Había de ser algo grave. ¿Su madre? ¡Pobre mujer! Cogí el teléfono.

—¿Ocurre algo malo, Jesusa? ¿Tu madre?

—No, no se trata de mi madre. Se trata del maldito Ventorro. Está como una cabra.

—Pues ¿qué pasa?

—Cuando salí de tu casa me lo encontré pegado a mi coche, esperándome.

¿Te ha molestado?

—Me ha cogido por el codo y me ha empujado dentro del bar de la esquina. «He de hablar contigo, Jesusa», dijo. Y yo: «No tengo tiempo. Por favor, déjame tranquila». Y él: «¿Quieres que me arrodille?». Ya me lo vi de hinojos, para avergonzarme, de modo que nos sentamos a una de las mesas y entonces dijo, la voz temblona, como si fuera a echarse a llorar: «Soy el hombre más desgraciado del mundo, Jesusa. El más solitario».

—Haberle enviado donde sabes —interrumpí furioso.

—No me atreví. Le dije: «Vamos, vamos, Ventosa. Todos tenemos nuestras pequeñas cosas. Hay que soportarlas». Y él, entonces, me larga el rollo: «Soy viudo, ya lo sabes. En el fondo soy viudo desde hace muchos años. Tú eres soltera. ¿Quieres casarte conmigo?».

—Está loco —dije bufando de rabia.

—Espera, espera —contestó—. Ventorro continuó cantando sus ventajas: «Tengo buena salud, excelente posición económica, y es como si fuera soltero, ya que mis hijos me han dado a entender que yo no contaba para ellos...».

—¿Por qué le escuchaste? Haberte levantado e ido.

—Tenía mis dos manos en las suyas. Dos tenazas sus manos. Le contesté lo mejor que pude, para no herirle: «Ventosa, te estoy muy agradecida, pero no puedo casarme contigo». Y él: «¿Tienes algún compromiso?». Y yo: «Tengo a mi madre. El hombre que se case conmigo habrá de casarse con ella también. Quiero decir que no pienso abandonar ni separarme de mi madre».

—Bien dicho, Susa —interrumpí.

—Y entonces él va y me dice: «Pues no se hable más del asunto. Me casaré contigo y con ella. Tendrá una hija y un hijo. ¡Ah! Y no permitiré que trabajes. Te quedarás en casa como corresponde a la esposa de un Personaje Importante». Entonces sí, me puse en pie, después de arrancar mis manos de las suyas, y le dije: «Ventosa, no pienso dejar mi trabajo por nadie. De él dependen mi libertad económica y mi independencia. Y además, no te quiero.

No te querré nunca aunque fueras el único hombre sobre la tierra. De modo que déjame marchar. Si me retienes estoy dispuesta a armar un escándalo...».

La interrumpí indignado:

—Voy a negarle incluso el saludo. Te ha preparado una encerrona. Es inaguantable.

Jesusa trató de apaciguarme:

—Te lo he contado muy por encima, Timoteo, por si acaso te dice algo. En el fondo me da mucha pena.

—Quita allá. ¿Crees que eres la única mujer en el mundo? ¡Caramba! Es como si le apeteciera todo cuanto se refiere a mí.

—Cálmate, querido yayo. Te quiero.

Colgamos el teléfono. Sentí unos enormes deseos de venganza. No, no de venganza. Nuevamente deseos de abofetear a Ventosa. Eso. ¡Fias, fias! ¡Pobre de mí! Ventorro me echaría al suelo de un soplido. ¡Qué rabia! ¡Qué rabia no poder sacudirle!

Quiteria, que había escuchado lo esencial, vino a mí con un dedito de *whisky* en un vaso.

—Bébase esto, alma de Dios. Le va a dar un telele como siga atufándose de tal modo.

Obedecí a Quiteria, como de costumbre. Y después del trago supe que ni pegaría a Ventorro, ni le retiraría el saludo, ni le impediría entrar en mi casa. Todo seguiría como antes, supongo. Hasta que Ventorro se cansara. O se casara, ¡diantres! Hay centenares de mujeres dispuestas a casarse —me dije—. Y esto terminó de calmarme.

15. Hasta pronto, Tim

Ya ves, Tim, hasta qué límites pueden llegar la estupidez y la enorme vanidad humanas. Estoy convencido de que tú jamás has pretendido imponerte a ninguna gata, nunca te has creído irresistible. Yo también he procurado ser humilde en estas cuestiones y en lo profesional. ¿Crees que no se burlan de mí? ¿Acaso un historietero puede tener pretensiones de escritor? Los auténticos escritores me ignoran, y hacen bien. Yo los admiro. Cuando era joven hubiera dado cualquier cosa por ser un gran escritor, pero había leído lo suficiente para saber mis limitaciones; cada uno se estira hasta donde le alcanza la sábana, que decía mi abuelo. ¿Y voy a quejarme de mi suerte? No doy abasto, los niños me quieren, las gentes me quieren, tú me quieres y Jesusa, mi dulce flor, también me quiere. ¡Qué hombre afortunado soy, Tim! ¿Me escuchas? Te veo algo mustio. Te escondes a cada momento, huyes de mí. ¿Por qué no me cuentas tus penas de gato? ¿Por qué no trepas a mis rodillas?

—El gato está otra vez malo, señor. La tripa. He vuelto a darle las sopas de arroz con tomillo y menta, pero quizá sea mejor que lo vea el veterinario —dijo Quiteria.

De modo que era eso. Tim se encontraba mal y no quería que yo me diera cuenta de sus pequeños fallos. Palpé su vientre. Me pareció que lo tenía más tenso que de costumbre. Tal vez le dolía. Telefoneé al veterinario para pedirle hora, me la dio, cogí a Tim, lo metí en el morral y allá nos fuimos.

El veterinario movió la cabeza.

—No me gusta nada —dijo.

—¿Qué tiene?

—Lo mismo que en agosto, pero más avanzado.

No hizo falta que me diera más explicaciones.

—¿Sufre? —me limité a preguntar.

—No lo creo. Si sufriera, se quejaría.

—¿Puede recetarle algo que lo alivie?

—No hay nada que hacer, ¿no se da cuenta? Está perdido. Si quiere, le pondré una inyección. Es el modo más sencillo de terminar estas cosas.

Cogí a Tim en brazos. Al hacerlo me manché un poco la mano. Comprendí la vergüenza de Tim, el por qué me huía. La noche anterior no quiso dormir en mi cama, se quedó en su capacho, que, de todos modos, llevé a mi habitación.

—Será cada vez peor —dijo el veterinario dándome unas gasas mojadas de alcohol para limpiarme la mano—. Créame, es por el bien del gato.

—Mi gato merece algo más que eso. Morirá cuando le llegue la hora y hasta entonces me tendrá a su lado.

Pagué la visita y regresé a casa. Cuando se lo conté a Quiteria, la mujer lloró.

—Ha hecho bien, señor. Lo cuidaremos. Voy a comprarle esos pañales que anuncian por la tele. Así no se sentirá abochornado.

Recordé el vestidito de muñeca. Tim enloquecido. Tim botando hasta el techo.

—Veremos si quiere, Quiteria. Un gato no es un recién nacido.

Tim, esta vez, no se rebeló. Era cómico y a la vez patético verlo con un pañal. Quiteria había hecho una abertura para el rabo. El rabo aquel era un inconveniente.

—Le haré unas braguitas de algodón —dijo Quiteria—, para que el pañal se mantenga en su sitio.

Quedé asombrado de la maña que se dio Quiteria para las braguitas. Tim debía de comprender que todo se hacía por su bien, porque de nuevo trepó a mis rodillas, de nuevo quiso dormir a los pies de mi cama, sobre un toalla. Quiteria lo cambiaba a menudo, y repetía a lo largo del día:

—Y que esto tenga que sucederle al gato más limpio del mundo, ¿no es una gran injusticia? A mi padre le ocurrió lo mismo. A muchos viejos. Pero es más fácil cuidar de un gato que de un hombre. Un gato es como un recién nacido.

Tim no decía esta boca es mía, aunque en sus bonitos ojos azules se leyera toda la tristeza del que ve acercarse su fin.

Jesusa, a lo primero, cuando lo vio con pañal y braguita, se echó a reír. Luego, se echó a llorar.

—Tim, amorcito —dijo cogiéndolo en brazos—. Te quiero más que nunca. Ponte bueno, Tim. Anda, hombre...

Y Tim aún ronroneaba cuando le decíamos cosas bonitas, pero cada día iba perdiendo fuerzas, comía menos. Quiteria se consumía:

—Este gato se morirá de hambre.

Murió un amanecer, a mi lado. Dejó la toalla y se me arrimó. Yo me desperté al notar el cosquilleo de los bigotes de Tim en mi cara. Encendí la luz de la mesilla de noche y vi que me tendía la patita. Se la tomé y Tim trató de ronronear. Entonces me senté en la cama y lo cogí en los brazos. Tim me miró. Fue una larga mirada antes de cerrar los ojos.

Te enterramos en cuanto vino Jesusa, por la tarde, al pie del castaño, allí donde enterré al pájaro, cuyo esqueleto no apareció. Aquel árbol había sido lo mejor de tu vida en casa, Tim. Era *tu* árbol. Empuñé la azada para hacer yo mismo el hoyo, pero Quiteria me la quitó de las manos diciendo:

—Deje, señor. Igual se la hinca en el pie. Y se puso a cavar como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. Cavó y cavó mientras un chorro de lágrimas se le escurría por la nariz. Jesusa y yo contemplábamos el pequeño envoltorio blanco que eras tú. También Jesusa lloraba. Yo, no. Igual que la otra vez, mis lágrimas corrieron por dentro, muy amargas, querido Tim. Yo mismo te dejé en el hoyo y te eché encima un brote de menta y otro de nébeda; eran tus aromas favoritos. Quiteria te cubrió de tierra y Susa esparció unas flores.

¡Qué silencio! Nos quedamos allí, unos momentos, mirando la tierra recién removida y las flores. Sin una palabra. Jesusa y Quiteria llorando su pena y yo alelado.

Cuando alcé mis ojos creí verte engarbado en la copa del castaño. Agité la mano en tu dirección y murmuré:

—Hasta pronto, querido Tim.

Verano 1982

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital)

Notas

[1] Cantando bajo la lluvia. <<